



Un recorrido mochilero por

Sudeste Asiático

quince cartas de crónicas viajeras

Trabajo Integrador Final de Producción
Licenciatura en Comunicación Social - Orientación Planificación
Facultad de Periodismo y Comunicación Social -
Sede Pte. Néstor Carlos Kirchner
Universidad Nacional de La Plata

***Un recorrido mochilero por Sudeste Asiático:
quince cartas de crónicas viajeras***



Nombre y apellido: Pedro Gabriel Belloni
Legajo: 26195/0
DNI: 38.603.271
Domicilio: 69 N° 569
Teléfono: 02317-539046
Correo electrónico: pgbelloni@gmail.com
Director: Dr. Norberto Leonardo Murolo

Agradecimientos

A Silvia y Sergio, mi primera heroína y mi primer héroe.

A Pablo y Lucho, mis dos primeros ídolos.

A mi tía Marta, por el amor y por hacerme hincha de Boca.

A Leo y Griselda, por confiar en mí y en mis ganas de crear,
más allá de los límites.

A mis amistades, esas que me alegran y se alegran cuando
vengo.

A la gente que conocí viajando, que me enseñó a soltar.

A los amores que no fueron, porque también dieron lo suyo.

A Kinga, por cuidarme la salud mental en aislamiento.

A la Facultad y la educación pública, gratuita y de calidad,
por permitirme ser parte de la primera generación familiar
en tener acceso a sus libros y pasillos, y así transformarme.

Índice

1. Introducción	8
1.1 ¿Por qué me fui?	9
2. Tailandia	12
2.1. Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok	13
2.2. El día que conocí a Holanda	19
2.3. La isla de los fondos de pantalla de Windows	24
3. Malasia	28
3.1. La noche que lloré en Kuala Lumpur	29
3.2. Cumplir años en el paraíso male sal	32
3.3. El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche	36
4. Singapur	41
4.1. El país sacado de una publicidad	42
4.2. La ópera del Marina Bay y la terraza de Singapur	45
4.3. El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando	48
5. Filipinas	52
5.1. Cómo si fuera la primera vez	53
5.2. La casa de Big Papa: bajo el mar me sentí seguro	55
5.3. De accidente de moto a quedar varado en El Nido	60
6. Indonesia	66
6.1. El comentario de instagram que me salvó el viaje	67
6.2. El curso de rescatista y los hongos alucinógenos	70
6.3. Cuatro días en barco para ver al dragón	77
7. Epílogo	82
7.1. La última carta ¿Y ahora?	83

¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y el cielo de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

Del accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver un dragón

La última carta ¿Y ahora?



A quién me inspira:

¿Te mandaron alguna vez una carta? Bueno, si no es así, tal vez esta sea la primera. En realidad, no. Porque tenía muchas ganas de escribirte pero no la voy a mandar, creo. De hecho, sospecho que esto va a pasar seguido: te voy a escribir cosas que quizás nunca leas. O que tengan que darse una serie de eventos para que terminen en tu poder. Y justamente la certeza de pensar que estas y las próximas líneas no vean la luz, ni conozcan otra cara que la mía, me da tranquilidad. Para escribir al desnudo. Me imaginé escribiéndole a un tipo que recibe mis cartas desnudo, qué cagada de chiste, lo sé. Acostumbrate a este humor sin parámetros. O mejor dicho, a que me distraigo fácil. No soy de escribir porque sí. Nunca me nació como un sentimiento propio, como un acto de amor. Y a esto quería llegar: creo que estoy enamorado de vos. Es un montón dirás, ya sé. Cuando cursamos radio juntos te miraba y me hacía a la idea de que, aunque me parecías linda e interesante, yo no era tu clase de pibe. Además, estabas con alguien, ¿no? Bueno y yo también. En una relación a distancia con una piba de mi pueblo. Y si ese vínculo amoroso era difícil de sostener porque La Plata está a casi 400 km de 9 de Julio, imaginate si te mando esta carta, o en uno de nuestros audios de Whatsapp te digo que me gustás. Estoy a más de 10.000 km, ¿entendés? Ni siquiera pensé que existiera algo tan lejos de donde nació. Y acá lo estoy descubriendo. Y ni hablar de que podría estar más lejos.

Por lo pronto, te voy a contar acá todo lo que del viaje no le cuento a nadie. Posta. Ya sé que en mi Instagram muestro todo, pensarás. Pero ahí nunca hablo de mis sentimientos. Supongo que por eso mismo, mostramos lo que queremos que crean que somos, ¿no?

Nunca te conté (ni a nadie) por qué me fui de Argentina. Y escuchá este profundo secreto de mucha reflexión: no sé. Todavía no sé. Me lo pregunto mil veces cada día desde que dejé a mi vieja y mi viejo atrás en Ezeiza. Y eso lo digo sin nostalgia, porque incluso la despedida fue con sonrisas, de hecho porque se suponía que me iba el 20 de diciembre y me cancelaron el vuelo horas antes, cuando ya el proceso de adiós se había concretado. Entonces irme dos días después fue como una expresión de “ahora sí, disfrutá el viaje”. No termino de definir si me fui o me escapé. Y si fuese la segunda, ¿de qué tuve que correr? ¿Qué fue tan agobiante como para no pensar en la idea de afrontarlo? ¿La presión que me autoimpongo de querer ser el chico 10? ¿O estoy queriendo demostrarle algo a alguien? Si la respuesta fuera por ahí, es inevitable decirlo: de todo lo que nos define desde el día cero, no se escapa nadie. No es que te vas lejos y ya está, te olvidás del amor que te faltó en la infancia o se te cicatrizan las heridas de lo que no fue.

A todo el mundo le digo lo mismo y hasta de tanto repetirlo a veces

me lo creo: es que me fui aprovechando que terminé de cursar, con los ahorros del laburo y unos pesos que me dio mi familia, a visitar a Lucía a las Europas. Y de ahí, con ella, a Tailandia. Perdón, no te dije quién es Lucía, pero básicamente es una hermana que me dio la vida, ya te contaré más de nuestra amistad. Cuando empezó a aprender inglés le pintó aplicar para irse a hacer la experiencia working holiday y vivir un año en Nueva Zelanda. No le salió y como segunda opción encontró Dinamarca. Mismo plan, distinto país. Al final, estando allá, gestionó la ciudadanía italiana y se quedó a vivir en Copenhague. Le debo tanto tantísimo a esa decisión, porque aunque ella no lo sepa, me animé a tirarme porque sabía que no caía al vacío, tenía alguien que me atajaba. O eso creía yo, bastante inocente.

En fin, aunque me disperso mucho voy a hacer el ejercicio en estas cartas (sí, decidí mientras te escribía que voy a escribirte más de estas, cuando pueda) y te voy a contar mis viajes. Escuchá todo esto: te quiero contar la primera vez que estuve literal y definitivamente solo en el mundo, cuando me subí al primer avión que iba a Londres y me tocó el lado de la ventana y estuve 13 horas aguantando las ganas de ir al baño, sin pararme porque tenía un pareja inglesa con la que no me animaba siquiera a interactuar para pedir permiso de alguna forma. La noche que conocí a Holanda, y todo lo que compartimos. También te voy a charlar de cuando me intoxicqué con un *spring roll*¹ y extrañé por primera vez a mi vieja sosteniéndome la cabeza en el inodoro. O cuando aprendí a andar en moto y con nada más un mes de experiencia llevé a una danesa y nos pegamos un palo. Nada grave, solo el susto. Los tres cursos de buceo para llegar a ser rescatista y todo lo que vi debajo del mar: tiburones “zorros” que median tres metros, tiburones de punta blanca durmiendo la siesta, tortugas grandes como una mesa de ping-pong, pulpos escondidos, manta rayas, barcos japoneses hundidos de la Segunda Guerra Mundial, cuevas, más tortugas que las amo mucho. Uf, abajo del agua es otro mundo.

Recorrer Singapur, acostarme en el pasto del Marina Bay Garden para ver un show de árboles con luces gigantes y música ópera. El punto más alto del país o el café para acariciar gatos y el día que descubrí que el domingo es universal. El parque de diversiones réplica de Universal Studios, los lugares más lujosos y sintéticos. La vez que casi pierdo dos vuelos en Filipinas por no reservar un barco con tiempo y si no dejaba el país se me vencía la visa, pero justo a tiempo conocí a una viejita candidata a alcaldesa de una isleta que me consiguió un barco para llegar a tiempo (es posta, tengo fotos con ella y todo). Las peleas de gallo como deporte nacional (no oficial pero tampoco clandestino) de los filipinos. Las veces que dormí en una hamaca paraguaya en la playa hasta que salía el sol y me

¹ Comida típica tailandesa que se traduce al español como “arrollado primavera”.

despertaban las moscas y el calor, o cocinaba arroz en una olla y prendiendo el fuego con cocos secos.

Indonesia y su isla de los mushrooms, unos hongos locos que se sirven con jugo de naranja tipo licuados (esa es muy divertida lo prometo, o al menos en mi mente lo fue), vivir en un barco tres días para ver el dragón de Komodo y conocer el amanecer más hermoso de mi vida hasta ahora, surfear en Bali y hacerme mierda con las piedras, ir al cine semi borracho a ver Avengers sin subtítulos y pararme a “cantar el himno nacional” proyectado en la pantalla, comprarme un ukelele y que se vuelva mi compañero de ruta imprescindible y hacer llorar a un ucraniano cantando una de mis nuevas canciones favoritas.

Bueno, eso es todo lo que me pude acordar por ahora, pero tené en cuenta que fueron seis meses por el sudeste asiático, sin contar mis días en Australia. Te juro que es todo verdad. Por más raro o insólito que parezca, son cosas que me pasaron. Trataré de darle un orden cronológico, pero también a veces tengo ganas de contarte que me está pasando ahora, así que espero no marearte con mis idas y vueltas. De Australia tengo otro millón de cosas para contarte: vivir con coreanos y coreanas, japoneses y japonesas, y la experiencia de sentar cabeza y mentir para conseguir laburo y mil cosas más. Pero voy a frenar ahí y aprovechar estas líneas, que no verán sobres ni estampitas, para contarte solo una cosa. La más importante, la que no sabe nadie en absoluto. Estoy yendo a Argentina en unos meses. Vi un pasaje super recontra barato y lo compré, ya fue. Así que voy a escribirte todas las cartas que me nazca de acá a que pise suelo platense, te pueda tocar timbre, dártelas y que las leas todas juntas. Y recién ahí poder preguntarte algo que tengo entre los dientes y no se me sale, como si fuera un flynn paff rosa con el que lucho para tragar, o escupir, pero lucho en fin. Quiero que me respondas una sola cosa: ¿querés ir a tomar una birra conmigo?



¿Por qué me fui?

Solo en el “culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿y ahora?

Solo en el “culo del mundo”

Bueno, después de pasar Año Nuevo en Berlín con pibes y pibas de Argentina, llegando a las doce en punto a la cima de una montaña chiquita que se llama “la montaña del diablo” y desde la que se veían los fuegos artificiales de toda la ciudad (en Alemania están excesivamente obsesionados con eso), arranqué mi viaje. Y si bien podría decir que arrancó mucho antes, incluso antes de dejar Buenos Aires, este momento fue bisagra. Con Lucía me despedí post Navidad para volver a encontrarla en Tailandia después del Año Nuevo, que es la época en la que más labura y justamente por eso no se podía ir conmigo. Mientras tanto: solo en Bangkok. Lugar exótico y conocido, del cual mi única referencia era la peli ¿Qué pasó ayer? Arranqué bien, sí.

En el vuelo conocí a una pareja de alemanes que van todos los años hace una década a Koh Samui, una isleta al sur de Tailandia donde es todo Spa & Relax para gente de mediana edad con plata. El que me daba charla mas copado era Chris, un cuarentón sin arrugas de ojos claros y un jopito rubio oscuro, con unas entradas que raramente no le agregan edad. Ralph, por su parte, estaba más serio. Casi pelado del todo y con anteojos de marco grueso negro, semi hipster, me dio la impresión de tener un par de años más, o estar un poco hecho mierda, no sé. En su caso, prefería usar sus horas en el avión durmiendo, así que con él no hablé nada prácticamente.

Cuando llegamos me explicaron cómo cambiar plata en el aeropuerto y cómo comprar un pasaje de tren para ir a la zona céntrica y bajarme en una estación que estaba a unas treinta cuadras de mi hostel. Primer choque cultural: el alfabeto tailandés es distinto al que usamos nosotros, el griego. Así que para saber en qué parada me tenía que bajar, comparaba los garabatos que me mostraba Google Maps (mi nuevo y único héroe en este lío) con los carteles de cada estación, descontando las estaciones que faltaban para la mía. Una palabra en tailandés puede ser tan larga como una oración corta en español. Todas las letras son parecidas al símbolo Pi con algunas variantes y esa es la única forma que se me ocurre para explicarte cómo es su alfabeto.

Al bajar del tren aparecí en una especie de avenida/autopista. Pisé la calle y era fuego el calor. El aire tenía una densidad húmeda que se mezclaba con el caos del tráfico y la gente a las corridas en todos los sentidos de la vía pública. Venir de subirme a dos aviones en un lapso de quince horas y flashar viajero super experimentado que pretende llegar al hostel solo con Google Maps y el transporte público fue una idea absurda. Spoiler: después de hora y media yendo de parada en parada con la mochila sumando un kilo por cada error que me hacía mirar el mapa, me cansé de ver pasar todos bondis distintos (incluso algunos de la misma línea, del año del pedo, otros incluso más viejos, ninguno de este siglo diría), así que desistí del plan viajero profesional.

Los taxis aca tienen la mitad de abajo verde y la mitad de arriba amarilla, o la segunda variación es todo rosa brillante. Se maneja con el volante en la derecha. Segundo choque cultural. En Bangkok, y asumo que será así en general, existe una app que se llama Grab y es como Uber pero podés ser tachero al mismo tiempo. O sea, las dos cosas sin tener problemas de ningún tipo, no sé qué onda. Me subí a uno rosa incandescente y, adivina qué, tercer choque: el taxista no hablaba ni una sola palabra en inglés. Después de leer lo próximo, cerró los ojos y me vas a poder imaginar con una risita nerviosa, simulando y temiendo por mi integridad física, analizando cada treinta segundos qué tanto me lastimaría si tuviera que saltar del auto en movimiento a lo Bruce Willis en Duro de Matar. Bueno, el viejo en realidad sí sabía inglés. Sabía decir “yes” y “no”. Podía estar preguntando cuántos hijos tiene o cómo se llama su mascota y me decía siempre “yes”. A veces “no”, para disimular que no entendía. Plan B: lenguaje de señas y mostrarle en el celu a dónde iba. El señor, de unos sesenta y pico, piel curtida y arrugada, camisa manga larga color celeste colectivo y sonrisa intachable que achina los ojos, seguía sin entenderme. Le mostraba nombres de calles que se supone debía conocer porque estaban en tailandés y nada de nada. Hasta que empecé a señalarle que siga derecho. “Next, right” y hacía con la mano para la derecha, “no, no. Next. Not this”. A todo esto, mi inglés seguía en nivel amateur de Duolingo. En un momento implementé el plan C: hablar en tailandés. Y te digo la verdad, dentro de todo, zafaba leyendo las calles en el mapa. Te aseguro que en esos casos, aprendés cualquier idioma más rápido que en doce años de escuela y clases particulares al mismo tiempo.

De alguna u otra forma llegué al hostel, que era un caos de mochilas esperando hacer el check-in y gente saliendo y entrando. Yo me registré y para pagar tuve que ir a buscar más plata a un cajero a media cuadra, de extrema dudosa procedencia, con el logo de Mastercard y Visa, apretado entre un 7-Eleven (que serían como unos maxikioscos/almacenes tailandeses que están en todos lados) y una puerta negra con afiches publicitarios, desplegados uno arriba del otro. Al paso compré un candado porque no sabía que en los hostels tenés que tener uno propio para tu locker y volví sobre mis pasos. Entré a la habitación: veinte camas separadas por cortinas blancas y hasta ahí llega mi memoria fina. Me desplomé en la cama que, para esa altura de mi día, parecía una king size de recontra lujo. Mii cena fueron unas pringles a las seis de la tarde y mi cerebro se apagó cuando supo que estaba otra vez en zona de confort y el mundo tendría que esperar a que me despierte para seguir girando.

Un día en bangkok

Te voy a contar un solo día completo, el primero, y creo que va a alcanzar para que puedas tomar la dimensión del impacto que no tuve yo hasta vivirlo.

Me desperté tipo nueve y pico para ir a recorrer caminando el Gran Palacio, el principal lugar histórico y gubernamental, y conocer el templo del Buda esmeralda, que es uno de los más importantes del país, porque tiene ese mini budita de unos cincuenta centímetros, hecho con una piedra de esmeralda hace cientos de años atrás. El único que existe en el mundo, por lo que entendí. De hecho, en la misma época que se esculpió ése, había dos piedras más que no usaron porque tocarlas para hacer una obra implicaba altas probabilidades de romperlas. Voy a hacer un paréntesis fundamental acá, para aclarar algo y desligarme por completo de cualquier responsabilidad que exija tirarte data histórica de cualquier lugar que haya recorrido durante el viaje. Si te gustan esos datos y quieres saber más de algo que yo eventualmente pueda nombrar, fijate en Wikipedia o buscá en Youtube “Alanxelmundo” que es un viajero que suele mostrar los lugares contando esas cosas que a mí me parecen re interesantes pero que se pierden en mi cabeza, que ya de por sí es un desorden. Hasta diría que no me las olvido, sino que me cuesta encontrarlas entre tanta data suelta y aparecen cuando se activa mi memoria más sensorial digamos, o algo así. Hecha semejante aclaración, puedo seguir sin presión alguna.

La cuestión es que en ese lugar que está el Gran Palacio, hay también una serie de templos, monumentos y estatuas muy importantes para entender el budismo. Algunas cosas que me hicieron flashar fueron las armas de guerra históricas, el oro, los huesos de elefantes caídos en batallas, la vajilla de oro de cada emperador de la dinastía, las estatuas protectoras, más templos chiquitos de oro, más oro y más cosas de oro. Pagué un poquito más y alquilé un aparato con auriculares por dos horas que fue mi guía y me iba contando en español lo que iba viendo, aunque fue bastante confuso e iba muy rápido para mi poder de procesar información al mismo tiempo que me impresionaba todo lo que estaba viendo y me chocaba con contingentes muy grandes, en su mayoría turistas asiáticos.

A la noche probé el Pad-Thai, plato clásico de Tailandia. Conocí a tres chicas de Holanda en el hostel con las que crucé algunas palabras y me invitaron a pasar el rato y a cenar en donde vendían, después me enteraría, “el pad-thai más rico del país”. Qué lástima que nunca antes lo había probado, como para tener un parámetro de si eso era medianamente verdad o una gran movida marketinera. La segunda era seguro, porque fuimos bastante temprano, a las cinco de la tarde y aún así tuvimos que hacer dos cuadras de cola, que se movía rápido, pero cada vez era más larga. Tengo que decir que el pad-thai se lleva el premio a la comida más

rica de todo el sudeste asiático. No tengo pruebas pero tampoco dudas. Preguntale a cualquier persona que haya recorrido la zona. Encima es un plato super sencillo: son noodles (una especie de tallarín pero más fino y transparente que el que conocemos en Argentina), con brotes de soja, salsa de mantequilla de maní y vegetales (o cerdo, o pollo). Lo podés pedir envuelto en un huevo cocinado tipo omelette, muy finito.

Adiviná quién no sabía comer fideos con palillos y pasó vergüenza pidiendo palillos infantiles. Una pista, está escribiendo esta carta en este momento. Claramente fui el último en terminar de comer, nunca había peleado tanto con un plato de comida como esa noche.

Cuando salimos fuimos para Khao San Road, una calle en la que de noche se corta el tráfico de autos y se llena de puestos de ropa de marca “trucha” y cosas de todo tipo. Cargadores portátiles, souvenirs, mochilas, vajilla, accesorios y puestos de comida de todo tipo, entre los cuales vi lo que tal vez más me impresionó: un cocodrilo asado en una estaca. No quiero ni describirlo, dejémoslo ahí. En esta especie de peatonal hay una ley primera para el turista que pretenda comprar algo, lo que fuere: regateo. Sí o sí. No es una opción no pelear el precio, salvo que no te interese que te caguen. Yo fui con el objetivo de comprar un sombrero veraniego y una malla y descubrí que cuando vas con mucha seguridad de que no vas a pagarles lo que digan pero realmente querés comprar, perdés. Porque parece que estás en una pose altanera y te miran con cara de “fucking gringo, andá a hacerte el lindo a otro lado”.

Estuve un rato perfeccionando mi técnica hasta esbozar una teoría de compra bastante acertada y con poco margen de error, llamémosle “el perrito mojado”: me acerco como curioso y tímido a mirar algo que tal vez me gusta, ahí es donde hago el primer gesto tipo siete de espadas. O de oro, los ambos me funcionaron por igual. Una vez que manifesté una actitud lastimosa me empiezo a alejar lento mirando el piso en dirección hacia donde está el vendedor o vendedora, que se va a acercar. Siempre lo hacen. Y te mira esperando que señales el producto que potencialmente comprarías, e incluso preguntes el precio. Me dicen una cifra, eso les sale rápido. En ese momento pongo cara de congojo y hasta actúo resignación con una cara de “no puedo gastar eso”. Automáticamente van a preguntar cuánto pagaría y yo no digo un número, sino que no estoy ni cerca de poder pagarlo. Después de eso, insisten en que diga un número, porque así es el juego, y una vez que das un monto, entraste. No te vas más. Levanto los hombros, las cejas y amago el movimiento de tocarme los bolsillos mientras digo cuánto pagaría. Tiene que parecer que hasta me da vergüenza no poder decir algo más alto. Después de eso, cuando ya atinás a irte, arranca la puja, pero te mantenés en esa de “no digo más porque posta no tengo guita”.

Otra opción es la de ir honesto de una, de frente manteca (en mi caso no se diferencia mucho de la anterior porque nunca estuve sobrado de plata, digamos). Por ejemplo, a una chica le quise comprar una malla re linda que me encantaba y los dos estábamos charlando entre sonrisas tipo “yo no te cago, vos no me cagues, ¿dale?”, y le terminé comprando dos mallas por el precio de una y media. Ahora que lo pienso, creo que me cagó. Me terminó enchufando una y claramente no la necesitaba. Bueno, muy lindo el acting y toda la teoría pero me vio la cara de boludo inocente. Esa calle, la Khao San Road, es la calle del mochilero, donde la comida callejera inunda con sus aromas el aire y la música suena tan, pero tan fuerte, que posta tiembla todo. También suele haber unos pibes con carteles escritos a mano, en cartulinas, que dicen laugh gas y son unos globos que te hacen reír mientras inhalás el gas que tienen adentro. Otros tienen un panfleto más discreto y plastificado, que no reparten sino que se lo acercan mayoritariamente a varones, sigilosamente les dan unos segundos para que puedan leer una serie de actos donde el principal y más conocido se llama pussy pong. No se necesita mucho inglés para asumir que no son partidos de ping-pong en la clandestinidad.

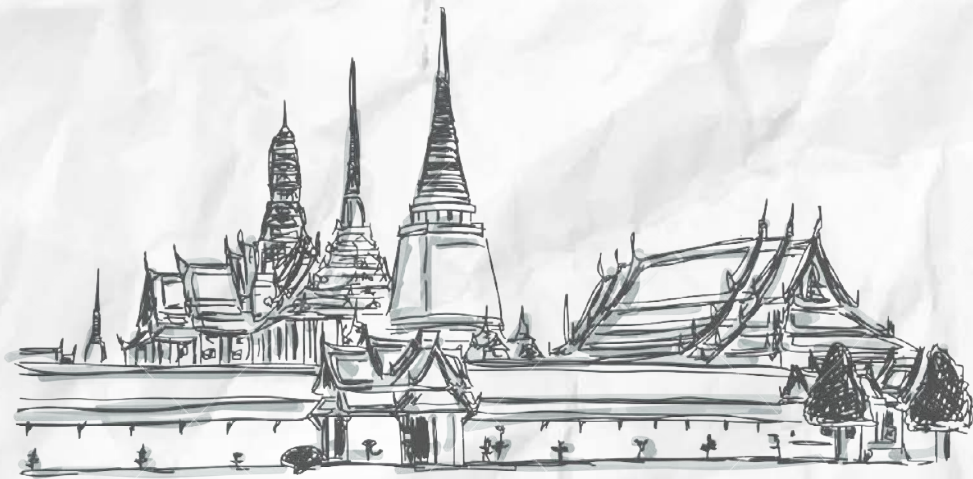
Esto es solo el comienzo de mi viaje y de las cosas que tengo para contarte. Pero hay algo que no puedo dejar de pensar y que fue apareciendo en cada choque cultural: lo poco o casi nada que sé de Tailandia (y seguramente del sudeste asiático en general). Lugares que supieron disputar alguna vez el destino de culturas y civilizaciones enteras y cuando pensamos en Asia la única palabra que se nos viene a la mente es China y hasta ahí. Tomé dimensión viajando de cómo todas las instituciones que nos atraviesan están en una posición totalmente occidentalista y así crecemos. Por cada capital que me preguntes de un país de Asia, te puedo decir al menos cinco de Europa.

El budismo, la medicina alternativa, todo el oro acumulado que debe haber quedado viejo el día que apareció Wall Street, los elefantes y su sacralidad. Y vos lo ves hoy y no quedan casi rastros de esa cultura milenaria, más que lo que guardan los templos en su historia. Las calles están llenas de 7-Eleven que parece ser el mayor logro tailandés en el marco de la globalización y tal vez lo más magnífico viene de la mano del consumismo: la Siam Tower. El shopping más grande de Asia con una quincena de pisos, donde mientras más alto vas, más lujo y extravagancia vas a encontrar a la venta. Llegué al último piso y había Rolls Royces y McLarens. Literal, no de juguete sino los autos en las vidrieras, ¿entendés?

Vos, ¿qué sabés de la historia de Asia en general o algún país puntual? Me refiero al común de la gente, obvio. Porque yo no sé el nombre de ningún líder popular, rey o presidente del sudeste asiático. Y hoy estos

países se plagan de turismo occidental y todo ese imponente relato que pintaba para potencia mundial es poco más que ropa trucha Adidas o Gucci y gente vendiendo cosas en la calle, con esa cultura de rebuscárselas que me hace acordar tanto a nuestras calles del conurbano.

Hoy esto parece un rincón del mundo, exótico, pero al margen de las disputas de las “grandes verdades”. Ese rincón de tu cuarto que acumula polvo, historias y que nunca limpiás, o cada tanto un vientito limpia solo. Intrascendente. Y no es que no construyan sentidos, pero no sale de ahí, se queda en las obras de arte de las paredes grabadas en oro, monumentos a batallas gloriosas y emperadores de alguna época lejana, que entre tanto capitalismo no puede crecer ni se niega a morir.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Nos encontramos con Lucía en el hostel de Bangkok y su primer día fue básicamente como el mío cuando llegué. Yo la acompañé porque me pareció que valía la pena ver dos veces algunas cosas, pero esta vez no me fui a dormir post cena sino que nos quedamos a ver qué onda la noche en la Khao San Road. No dejo de impresionarme con esa calle a la noche, es una locura de ruidos y gente descontrolada. Esa fue la noche que conocí a Holanda. No sé si te la habré nombrado en audios o si viste alguna historia, pero suponiendo que no tenés idea de quién te hablo, lo primero que se me viene a la mente es decir que fue la persona que me rompió el corazón. Me cuesta un toque escribir sobre ella. Creo que en cierto punto estoy dolido. Alguien que quiero muchísimo me dijo que Holanda me hirió el ego y todavía intento entender si fue eso. Siento que fue un poco injusto todo y a su vez necesario. “Qué exagerado”, pensarás. Y sí, puede ser que tenga un poco descalibrada la válvula de medir la intensidad. Voy a hacer dos introducciones antes de empezar, que merecen lugar. No puedo creer lo que me está costando esto.

En primer lugar, cuando empecé a viajar me prometí intentar trabajar sobre algunas cosas de mi forma de ser que no me gustaban tanto. En realidad se lo prometí a uno de mis hermanos, que un día me vio colapsado entre tantos compromisos y cuando me hizo saber su preocupación, le respondí: “debe ser porque estoy terminando de cursar y es importante”. Hizo ese silencio que lo caracteriza, esa pausa que anticipa el peso plomo de la certeza en sus palabras, como lo hace naturalmente cuando da su opinión sobre algo que realmente le importa, aunque sea muy de vez en cuando, y me sentó de culo con su respuesta: “¿te acordás que decías lo mismo antes de terminar la escuela porque querías irte a la facultad y eso te ponía ansioso? ¿Que te renegabas porque de un día al otro empezaste a despertarte dos o tres veces en mitad de la noche? ¿Y cuándo empezaste el curso de ingreso en la facultad? ¿Y cuándo arrancaste ese laburo prometedo? Parece que siempre va a haber algo más, ¿no?”.

Dejar de estar tanto en el futuro y pensar tanto las cosas implica apagar el cerebro. Lo que implica también dejarse llevar por lo imprevisto, lo que no está en los planes, lo que altera esas rutas viajeras. En fin, es abrir una puerta a sentir más. O siquiera a sentir en general, lo que pasa alrededor, y eso para mí se tradujo en procesar el viaje con los paisajes, los sabores, el viento frío al salir del mar, la música de los ruidos en calles desbordadas de multiculturalidad, entre mochileros y mochileras que conviven con locales. Darle protagonismo a los sentidos, al “cerebro que siente” y dejar de manejar el auto de la conciencia con el “cerebro que piensa” diría Mark Manson (¿lo conocés? tiene un libro con un título hermoso: El sutil arte de que te importe un carajo).

Segunda aclaración: viajando el tiempo deja de funcionar como lo conocemos y pierde esa dimensión que le da la rutina, lo que hace que aprender, ver, conocer todo el tiempo algo o alguien nuevos y nuevas, al final del día sea muchísima información para asimilar. Ese final del día no tiene por qué ser a la noche. Supongamos que es cuando te vas a dormir, que tantas experiencias hacen del tiempo algo denso, porque para nuestra lógica rutinaria, la información nueva es algo disruptivo, que le agrega valor a los recuerdos. Imaginate entonces si de un día al otro te vas del lugar donde viviste, a la otra punta del mundo, donde ni siquiera tienen el mismo alfabeto. Yo diría que un día se equivale aproximadamente a una semana y una semana se siente como un mes. Para terminar el análisis del tiempo, concluyamos que un mes viajando se siente como un año de vida en cotidianidad. Salvo los domingos. Son una cagada, no importa dónde estés en el mundo. Y con esto de los cambios en el tiempo comparado con la vida rutinaria y de certezas, el domingo ya no es un día puntual que pueda señalarse en el calendario, sino un concepto. Un estado de ánimo, una energía en el ambiente. Envoltente. Por ejemplo, cuando tuve que esperar tres días un vuelo en Kuala Lumpur, viví tres domingos al hilo y fueron eternos. Por el contrario de lo que dije antes, no estaban llenos de experiencias nuevas, así que supongo que hay una segunda cuestión que relativiza el tiempo y sería nuestro humor del momento. Esa depresión dominguera previa al lunes de rutina se puede contrastar con esperar un vuelo cuando ya no te queda nada en el lugar en el que estás. Ya no podés planear nada porque no te dan los horarios. Al final, todo esto del tiempo es una percepción claramente. Hay un librito en mi depto de La Plata sobre la teoría de la relatividad de Einstein, creo que habla de eso. No sé. Me costó mucho leerlo y no intenté con tanto esmero. Algún día lo volveré a agarrar. Por ahora me doy el lujo de seguir contándote lo que me pasa y cómo lo vivo, sin el juicio académico que muchas veces arruina el momento. En fin, para cerrar esta idea de los domingos, quería decir que por otro lado, cuando estuve en Filipinas viví cinco semanas de vorágine y no existió el domingo en absoluto.

Terminamos de comer y Lucía quería recorrer la famosa callecita de los bares. Ver los puestos y ver si encontraba una malla y una remera. Semejante calor insufrible nos dio mucha sed, así que aprovechamos lo lento que avanzaba la gente caminando por la vereda y la calle cortada y frenamos a comprar birras en algún 7-Eleven. Literal, hay por lo menos uno de esos en cada cuadra. Una de las cervezas más vendidas y populares en Tailandia es la Chang, que sería una especie de Quilmes: tiene fama porque alguna vez estuvo en el primer puesto, pero con el tiempo se vino a menos y conserva gran parte de su público que la toma por tradición.

Después de las doce no venden más alcohol, excepto por los puestos callejeros, que se parecen a los que solíamos ver en la playa de churros o licuados, con su conservadora blanca y un cartel bien artesanal, con los precios y alguna promoción o descuento. No necesitan más marketing que ese y sobre todo estar en el lugar que la demanda está. También venden unos baldecitos como los que se usábamos para hacer castillos de arena, con la diferencia de que, en este contexto en Bangkok, adentro tienen una petaca de vodka con dos Speed o una gaseosa en algunos casos.

A todo esto, con la calle cortada, el plan nocturno es bailar en las calles, tomando esos tragos o los que venden en los bares, como esa torre de tres litros de cerveza que se mantiene fría con un tubo congelado adentro. Cuando los bares se desbordan, las veredas son la pista y así hasta llegar a la calle. Los dos bares más concurridos -enfrentados entre sí- forman un embudo de personas dejando un hueco mínimo para quienes están de paseo y tienen que abultarse o dejar pasar antes de avanzar. Entre ese quilombo de música a niveles que ningún oído humano resiste, alcohol en las manos, el piso y la ropa, y gente queriendo venderte algo, apareció Holanda.

La vi antes bailando con un grupo de gente y me llamó la atención, pero no mucho más. Cruzamos un par de miradas en esa especie de danza del apareo visual que se da en esos contextos de baile y noche, donde te miro, me mirás, mostramos nuestros mejores pasos de baile a modo de plumas y si nadie avanza, muere ahí. En una de esas fui al baño y cuando volvía a la calle me la crucé y me estiró la mano como rozándome el abdomen. Yo pensé que fue porque había poco espacio para pasar, siempre con esa lentitud e inseguridad que me caracteriza. En realidad, me incomoda mucho la secuencia del levante y encarar, así que suelo ignorar esas posibles señales y esta vez no sería diferente.

*“I need to know your name before I leave this place”*², dijo y me conquistó. Esa actitud de venir a hablarme fue el inicio. Hablamos dos palabras y le pedí que nos alejemos un toque del parlante que teníamos al lado. En realidad ella habló, yo intenté. Mi audición era casi nula y que me hablen en inglés ya de por sí era un desafío. En ese momento descubrí una herramienta súper eficaz de socialización en otro idioma cuando no tenes mucha seguridad para conversar. Lo más inteligente que se puede hacer es blanquear de entrada esa limitación. *“Sorry, I’m still improving my english, so I need to practice”*³. Listo, con eso no solo abris el paraguas sino que incluso le das valor agregado al hecho de ser nativo en otra lengua. Porque no seré bueno en inglés pero en español te puedo hasta rapear la parte de Daddy Yankee en “Despacito”. Sí, te juro es lo primero que preguntan si decís que hablás español, si te sabes la letra. De hecho la aprendí viajando, porque no la sabía.

Holanda es de alguna parte al sur de los Países Bajos y tiene ojos claros, nunca supe si eran verdes o celestes, supongo que depende de cómo la luz del

2 *“Necesito saber tu nombre antes de dejar este lugar”.*

3 *“Perdón, todavía estoy mejorando mi inglés, necesito practicar”.*

día ilumine su rostro. Un pelo propio que nace castaño claro y se mezcla con un rubio que parece natural y cae ondulado hasta pasar los hombros. Mide cerca de metro sesenta y monedas y esa noche estaba vestida de verano sin mucha pretensión más que no pasar calor. Musculosa color mostaza y un short que podría ser negro, gris o azul oscuro. Yo tenía la malla color azul grisáceo con flores de centro rosa y pétalos blancos, que me compré regateando el día anterior en algún puesto de la calle. Y una remera blanca que me gustó mucho por su estampa que me hizo acordar a cuando se caía internet porque mi vieja desenchufaba el modem para hablar por teléfono: “404 error not found”. Así estuve mientras hablamos, con mi cerebro desencontrado, intentando esbozar frases en inglés y que además de sentido, tuvieran poesía o chamuyo. La birra en sangre no fue un problema. Es más, creo que nuestra capacidad de hablar idiomas es directamente proporcional al alcohol en sangre, porque tomando un par de vasos se afloja la lengua y nos desinhibimos del prejuicio a hacerlo bien. En fin. Cruzamos dos palabras y yo apelaba todo el tiempo a que sea suficiente con sonreír, “mostrar las perlas” diría Zeta, y asentir o decir “that’s right”⁴. La pobre chica me estaba preguntando cuánto hacía que había llegado y yo respondía como el tachero de unos días atrás, “yeah, yeah”. Posta el panorama no era muy positivo.

Chapamos un toque y cada cual siguió en la suya. A ella la esperaban unas amigas que hizo el mismo día y yo la había perdido a Lucía, que la vi por última vez chapando con un chico inglés, o de la India, que de yapa estaba parando en nuestro hostel. Ecuación resuelta. No la busqué más con tanto esfuerzo. Cuando la volví a cruzar a Holanda le pregunté si podía quedarme con ella haciendo tiempo y así fue como terminé caminando con ella a su hostel. Después de diez minutos de caminata y una especie de charla con preguntas sobre quiénes somos y demás, llegamos. A esa altura tenía muchas ganas de ir al baño, ya no aguantaba un litro y pico de cerveza en mi vejiga, así que se nos ocurrió convencer al recepcionista para pasar al baño de alguna habitación y así fue. Ya me estaba costando pensar de tantas ganas de ir a hacer pis.

La entrada de su hostel estaba en una especie de pasaje oscuro, a las afueras de las zonas más transitadas de Bangkok y fue en ese momento, en la intersección de callecitas angostas sin luz y millones de mosquitos comiéndonos las piernas, que intercambiamos Instagrams y me salió por primera vez en la noche una frase en inglés bien pronunciada (o al menos la dije con bastante seguridad propia) con mi inglés de aprendiz: “¿Will I see you again?”⁵. No pudo evitar una risita inocente mostrando los dientes blancos, sonrisa de complicidad, para decirme mientras empujaba la puerta de vidrio para ir a dormir: “maybe”⁶.

4 “Eso es cierto”.

5 “¿Te voy a volver a ver?”

6 “Tal vez”.

Por qué me fui?

Solo en "el mundo": Un día en Bangkok

El momento en que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que estuve en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso

El cielo bajo el agua y el peso de la noche

El país de la publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿y ahora?



Viajar con Lucía tiene una cosa extra, un algo que no sé cómo explicar. ¿Te conté cómo nos conocimos o de dónde? Tampoco es que es una loca historia, de hecho lo único que vale la pena saber es hace cuánto nos conocemos y es básicamente desde siempre. Nuestros viejos son amigos desde chicos, pero con ella no tuve mucho trato hasta mi adolescencia, digamos. La parte encrucijada de nuestro vínculo tiene que ver con que su madre era mi tía. O sea, esto fue muchísimo antes de que yo naciera: mi tío, el hermano de mi papá, estuvo casado y tuvo dos hijos con quien después terminó siendo hasta hoy en día la esposa del mejor amigo de mi viejo. ¿Se entiende? Entonces Lucía tiene dos hermanos mayores que son mis primos, porque son hijos de mi tío, pero la madre de Lucía ya no es nada mío, o sería una tía política ponele. En fin. A veces para simplificar, y evitar la pregunta que insinúa que Lucía es o podría ser más que mi amiga, suelo decir que es mi prima. Yo la siento como mi hermana. Sobre todo la gente grande, que cuando le digo que es mi mejor amiga, me pregunta “¿pero es tu novia?”. Uf, Dios, qué difícil hacerles entender algo tan simple. Y es como mi hermana por la confianza que me inspira, las respuestas que me da cuando le hago un monólogo de mis problemas. Es buena escuchando y sabe opinar sin que suene a opinión. Amo eso.

Mi viaje en general fue posible incluso desde antes de irme gracias a Lucía, porque siempre descansé sobre la idea de su presencia allá, casi como salvavidas. No sentía que me estaba yendo solo de casa y si me pasaba algo, ella iba a estar para bancar la parada. Lo cierto es que ella estaba todavía asimilando Dinamarca y cuando pasó el tiempo le conté todo esto y ella me respondió que siempre lo supo y además lo que sentía: “Yo te veía confiado en que si te tirabas a la pile sin agua yo te atajaba y ni siquiera estaba segura de lo que yo quería para mí”. Incluso estando en Tailandia me pasó que aprovechaba su inglés avanzado y me la pasaba la mayoría del tiempo callado, hasta por vergüenza a veces. Tenemos esta idea anticuada del inglés como algo que nos da status, entonces si hablás bien sentís que te van a correr por cheto, pero si hablás mal por burro. Sin sentido.

Quiero contarte de Phi-Phi, pero antes un breve resumen de todo lo que pasó en el medio: fuimos de Bangkok al norte, mucha zona de templos budistas, en un micro que te puedo jurar fue como estar en un zamba unas doce horas. Ni por la ruta, que fue en general autopista, ni por el transporte que hasta te diría era mejor que el Plusmar que me lleva de La Plata a 9 de Julio. Era porque el chofer manejaba como si estuviera en un Renault 12. Pegaba unos volantazos que hacían que el micro pareciera un péndulo y frenaba como esos bondis que andan en la ciudad a los ponchazos.

En el norte vimos tantos templos que tendría que dedicarles una carta entera, pero hubo uno que nos encantó: el templo blanco de Chiang

Rai. Lo diseñó un artista plástico que, según nos contaron, quería darle vida turística a la ciudad. Combinó budismo, hinduismo y, escuchá bien, cultura pop moderna. Posta. Cuando entrás al templo principal, donde está el Buda, en las paredes te encontrás pinturas de todo tipo de personajes y acontecimientos de los últimos años del siglo XX y principios de los 2000. Te voy a enumerar las pinturas y retratos que me acuerdo, porque en esa parte no se podía sacar fotos: Iron Man, Messi, Hello Kitty, el atentado a las Torres Gemelas, Tom Cruise en Misión Imposible, el Papa Juan Pablo II, Las Tortugas Ninjas, Goku, Keanu Reeves en Matrix, Harry Potter, Bush y Bin Laden, Michael Jackson, Superman y un Transformer. No me acuerdo más, pero estoy seguro de que faltan muchos.

Otra cosa que hicimos en el norte y me salvó el viaje fue comprar un ukelele. En su momento no lo supe ver, pero con el paso del tiempo, viajando en soledad, la música es probablemente una de las principales formas de conocer gente. En mi caso siempre fue difícil, me daba mucha vergüenza cantar en público e incluso hoy en día me privo de no cantar con ganas, sacando la voz para afuera, si hay gente alrededor.

Tomamos un avión desde Chiang-Mai para llegar a la provincia de Krabi, lo más al sur antes de todas las islas chiquitas de Tailandia. Eso sumado a una escala en Bangkok de toda la noche para tomarnos el Nok Air, que es un avión plateado con un pico en caricatura de un ave en la punta. No es algo que precisamente inspire confianza para una aerolínea, pero me gustó. ¿Conoces las islas Phi-Phi? Seguro que de nombre, como yo. Es uno de esos lugares a los que la gente hace referencia cuando dice que quiere “largar todo a la bosta e irse a algún lugar paradisíaco bien lejos”. También sabía que Di Caprio actuó en una peli llamada La Isla y fue grabada por esa zona.

Las playas de ese lugar tienen el agua cristalina y de fondo unas formaciones rocosas color marrón oscuro, con una vegetación que las hace parecer imágenes sacadas de los fondos de pantalla de Windows. Si no fuera por la extrema cantidad de gente que rompe con la armonía de ese lugar, sería mucho mejor. Tiene sentido, es visita obligada para el turista en general. Para asegurarnos tener hospedaje, reservamos un hotel con bastante tiempo y fue el único lujo que nos dimos viajando, con pileta frente al mar, DJ en vivo y un barsito de tragos.

Yo pensé que estaba usando suficiente protector. No sé si me distraje o claramente el sol pega distinto porque en una hora bajo el sol quede completamente rojo, mal. Es que soy tan blanco que con el sol me paso a colorado en lugar de moreno. Hasta me quedaron los dedos marcados de pasarme el protector desperejo.

Dato: en Tailandia aman mucho el fuego. Para hacer malabares, para decorar los bares en la playa, para iluminar a la gente bailando en la arena cuando

cae la noche, para todo. Llegó la noche y caminamos costeando la playa llena de esos restaurantes y bares con sus respectivos shows de malabares con fuego y siempre hay alguno que se llena más porque pone más plata o tiene más fama, obvio. Pasada la hora de cena empiezan a pasar mucho reggaetón estilo Enrique Iglesias y electrónica tipo LMFAO para que el ambiente se tiña de flúor. Pintura para la cara, ropa barata en puestitos, cosas que se encuentran en el carioca de un casamiento y demás. Escenario con poca luz violeta, limbo con la vara prendida fuego y a pasar por abajo. Después de pasar tenías el premio de un shot que te daba un tailandés de la botella si abrías la boca y mirabas para arriba. Mucho escabio. Vi dos pibes hacer el limbo con la espalda a diez centímetros del piso, TE LO JURO. Si no me creés, buscalo en mi Instagram. Insólito.

Al otro día hicimos un tour de once horas por todas las islitas de alrededor de Phi Phi. Fuimos a la parte de la isla que el tsunami de 2004 (uno de los más grandes de la historia) dejó más diezmada. Ahora es la parte más pobre y menos turística, salvo por una zona donde pusieron un super mega archi hotel recontra caro y exclusivo. Tal vez fue la primera vez en mi viaje en la que me chocó ver y sentir el impacto de la naturaleza en toda su inmensidad impredecible. Casas enteras desaparecieron, algunas otras están medio destruídas y medio recauchutadas. Entre caminitos angostos con mucha señalética de “en caso de tsunami dirígase a zona alta o isla adentro”, nos vino la reflexión profunda. Es que no podíamos dejar de pensar que eso pasó un día como cualquier otro y nosotres ahí, caminando el lugar, impregnándonos de lo majestuoso de rocas gigantes como cortadas con cuchillo entre historias de tragedias en masa.

Lo diminuto y finito que antes no había sentido apareció ahí en ese momento. No tengo idea de nada y pensaba que la tenía re clara, en mi mundo estructurado y siempre planeado, lo que se sale del libreto incomoda. Todo mar y yo en un barquito de madera de bambú, entrando a una especie de puerta formada por rocas gigantes y altísimas, no entendía nada. Porque no estaba en la hoja de ruta eso, pero me estaba sintiendo desbordado de algo y no supe que era hasta ese momento: un pedacito de vida.



La noche que lloré en Kuala Lumpur

Esta es la segunda vez en mi viaje que lloro porque no estoy allá. Y como esta vez no puedo contarte el porqué, te voy a relatar esa primera vez que lloré en una especie de cápsula futurista, con luz azul y botones que hacen sonidos, en un hostel espacial, en mi primera noche en Kuala Lumpur.

En mi cabeza se repetía un pensamiento, que ya sé que no es verdad, pero no podía dejar de sentir que “Lucía me dejó solo”. Se volvió a Dinamarca y yo me vine a Malasia. En ese momento yo quería seguir viviendo la experiencia con ella. Tal vez por eso lo vi como un abandono que claramente no fue. Se terminaron sus vacaciones y tuvo que volver a Copenhague, estaba pactado así y punto.

Eso no cambió el hecho de lo que yo sentí, que se fue de mí y que era lo único de mis raíces que tenía esa parte del viaje. Lo cierto de ese dramático planteo es que estaba solo y no como en Bangkok, esperando a alguien más. A todo esto, me confundí reservando alojamiento, porque encontré uno barato, que supuestamente estaba en una buena ubicación cerca del “night market”⁷ y al final no era tan así. Ese “night market” era más bien una especie de mercado de pulgas con puestos en las calles no tan céntricas de Kuala, con muchas zapas Nike y Adidas truchas, riñoneras Gucci, esas remeras con tres colores de Fila, sumado todo a un olor a fritanga en el aire que condensaba el poco espacio para caminar chocando gente.

Llegué al hostel y en el hall estaba lleno de zapatillas que la gente dejó eventualmente para entrar a las habitaciones (porque sí, en el sudeste asiático se anda por los interiores sin calzado), eso me gustó porque de movida pensé “bueno, genial que voy a conocer gente nueva” y a eso se suma lo exótico de la decoración: cartel luminoso con nombre del Space Hostel, todo pintado en tonos oscuros con muchas estrellas pintadas por el cielo raso y un astronauta tamaño más que real, al lado de un tobogán para quienes quisieran esquivar las escaleras o el ascensor y deslizarse hasta la lavandería. Mi nivel de excitación estaba más que justificado mientras caminaba por los pasillos entre luces ultravioletas hasta llegar al cuarto de doce cápsulas blancas que se abren con una tarjeta personal, con todo lo necesario dentro: un espejo gigante al costado, luces led y luz azul “para dormir”, aire frío/calor, cuatro puertos USB y dos enchufes universales, una tele a los pies de la cama con conexión WI-FI para hacer cualquier cosa smart que quisiera.

La primera noche no hice más que dejar las cosas e ir a cenar y volver a dormir, no dejó de ser todo fascinación y extrañamiento, claro. Estaba como en esa peli que actúan Jennifer Lawrence y Chris Pratt en el espacio (no me acuerdo el nombre y no tengo el celu cerca para googlear, tarea para el hogar)⁸. Al otro día me caminé toda la ciudad para conocer

7 “Mercado nocturno/feria callejera”.

8 *Passengers* (2016).

principalmente las torres Petronas y la Menara Tower, imponentes se queda corto como descripción. La Menara además de ser extremadamente alta, tiene una parte de piso vidriado para hacer una foto y sentirte en el aire a más de 400 metros de altura y creo que muy poca seguridad. Cuando me di cuenta de que podía pegar un salto y estar del otro lado de la valla tuve la sensación de adrenalina más descontrolada de todas, ¿te imaginás cayendo de ahí? Yo sí, y pensé en ese momento que si llego a viejo y mi vida se convierte en una porquería, saco pasaje a Kuala y salto de ahí. Después me di cuenta de que estaba flashando, debe ser esa impunidad de juventud que me hace sentirme inmortal. A veces, no siempre. Además, de viejo voy a tener menos agilidad que una tortuga, seguro me agarra un guardia en el intento. ¿Sabías que el arquitecto de las Petronas era argentino? En fin, si querés ver más de ese día mirá mis historias destacadas, no quiero irme por la tangente.

Cuando volví al hostel pasé otra vez por el hall lleno de zapatillas y adiviné cuanta gente me cruce. Cero. Posta. Solamente un chico en el cuarto, muy concentrado en la pantalla de su celular se olvidó de cerrar la puerta de la cápsula y cuando me vio, automáticamente cerró la puerta. Más anti imposible, que se curta. Ya de noche, sin cruzarme un alma, empecé a ver el lugar con ojos más ficcionales y filosóficos: ¿así sería el futuro post apocalipsis? ¿Poca vida social y muchas pantallas? Qué depresión, por favor.

Salí de ese estado pegándome un baño más que necesario después de haber caminado la ciudad entera con 30 grados a la sombra y me acosté a mirar por tercera vez en el viaje Deliciosísimo de Martín Garabal, no sé si conocés. Me hace reír mucho. Y esa vez en particular me dio ganas de hacerle saber que, estando al otro lado del mundo, eso me hizo sentir en casa. Así que le mande un mensaje en Instagram sin pretensión siquiera de que lo lea, pero necesitaba sentir que charlaba con alguien y con esto de la diferencia horaria se fue tornando cada vez más difícil la compañía digital. Después vi la noticia del jugador de fútbol que salió en avión privado y nunca llegó y un audio que mandó y me puse triste. No tenía idea de quién era, pero la situación fue disparador tal vez y me quebré. Me acordé de Borges, nada que ver porque no leí casi nada de él, pero una frase conocida de que “queremos llorar a un muerto y lloramos por nosotros mismos”. Same.

Me sequé las lágrimas y me quise distraer pero ya era casi la tardecita, no podía planear mucho así que fui a tomar un chocolate caliente a un café que estaba por cerrar y volviendo vi un templo hindú muy hermoso y colorido. Las paredes revestidas de estatuas de colores con un material como de madera despintada y antigua. Entré justo para la ceremonia del final del día. Muy hipnotizado me quedé mirando en el templo casi vacío y se me acercó un hombre de tez morena, rasgos hindúes, bigote canoso, anteojos con marco de metal y camisa blanca. “Ganesan it’s my name, ¿what’s yours?””. Me contó que era repara-

dor de aires acondicionados y me explicó lo que estaba pasando para ponerme en contexto histórico y religioso. No le entendí mucho, pero porque estaba muy metido en mi cabeza, y cuando terminó de hablar le pregunté: “¿what’s happiness for your religion?”¹⁰, y cuando empezó a hablar me fui desplomando como un castillo de arena: “I’m lucky because I’m alive and healthy. ¿And you?”¹¹.

No pude evitar las lágrimas y creo que esta vez eran más sinceras, hasta incluso una señal de una sensibilidad que pocas veces en mi vida me permití. Esa cultura patriarcal que mamamos de la fortaleza, ocultar los sentimientos y “los hombres no lloran”, ya sabés. El pobre hombre seguía con su parsimonia pero no entendía nada, así que me acompañó en el silencio y después me invitó a comer. Resulta que la ceremonia termina con tres ollas de arroz, porotos y algo más que desconozco, de donde te servís en una servilleta papel madera y comés con la mano.

Contando esto, aislado de otras cosas que fueron pasando antes, me cuesta dimensionar lo importante de ese día, pero imaginate: afuera de casa por primera vez, lejos en la distancia, sin una cara familiar. Empezaron a aparecer cosas que le daban sentido a algunas preguntas y nudos en la garganta. Hasta un poco me impresionó. Creeme que las Torres Petronas son imponentes a niveles difíciles de describir. Impactantes, posta. Pero caer en la ficha de estar charlando con una persona random en Malasia sobre lo que me deprime fue más desconcertante. Aunque para ser sincero, Ganesan me entendió, y empatizó con todo eso por más lejano y raro que le pareciera. Hay algo más grande que las diferencias culturales, que está escondido en el encuentro con la otredad, ¿no te parece?



9 “Me llamo Ganesan, ¿y vos?”

10 “¿Qué es la felicidad para su religión?”

11 “Soy afortunado porque estoy vivo y sano, ¿y vos?”

¿Por qué me fui?

Solo en "el culo del mundo": Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que lloré en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

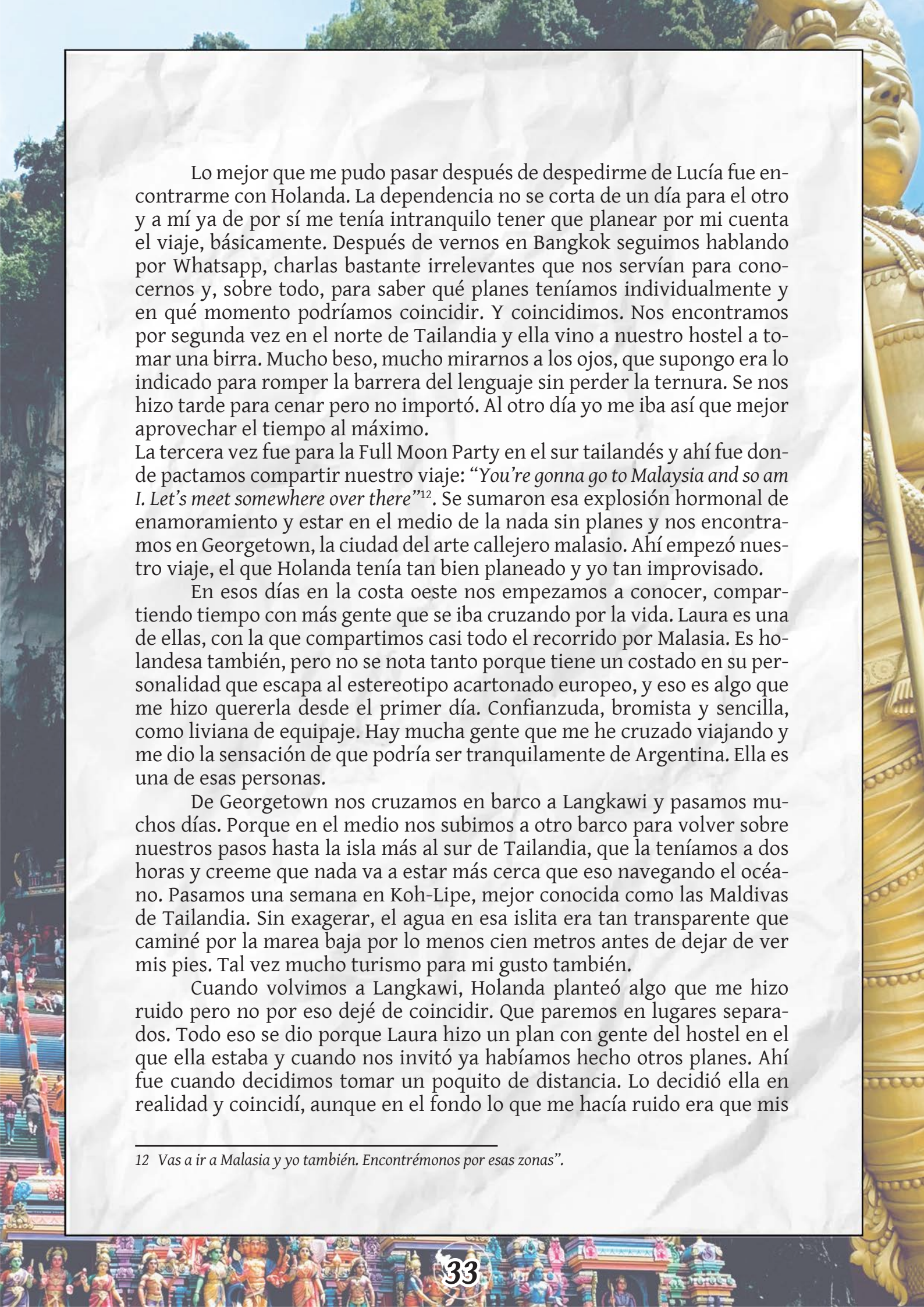
De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de Instagram que me salvó el viaje

El curso de resistencia y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Lo mejor que me pudo pasar después de despedirme de Lucía fue encontrarme con Holanda. La dependencia no se corta de un día para el otro y a mí ya de por sí me tenía intranquilo tener que planear por mi cuenta el viaje, básicamente. Después de vernos en Bangkok seguimos hablando por Whatsapp, charlas bastante irrelevantes que nos servían para conocernos y, sobre todo, para saber qué planes teníamos individualmente y en qué momento podríamos coincidir. Y coincidimos. Nos encontramos por segunda vez en el norte de Tailandia y ella vino a nuestro hostel a tomar una birra. Mucho beso, mucho mirarnos a los ojos, que supongo era lo indicado para romper la barrera del lenguaje sin perder la ternura. Se nos hizo tarde para cenar pero no importó. Al otro día yo me iba así que mejor aprovechar el tiempo al máximo.

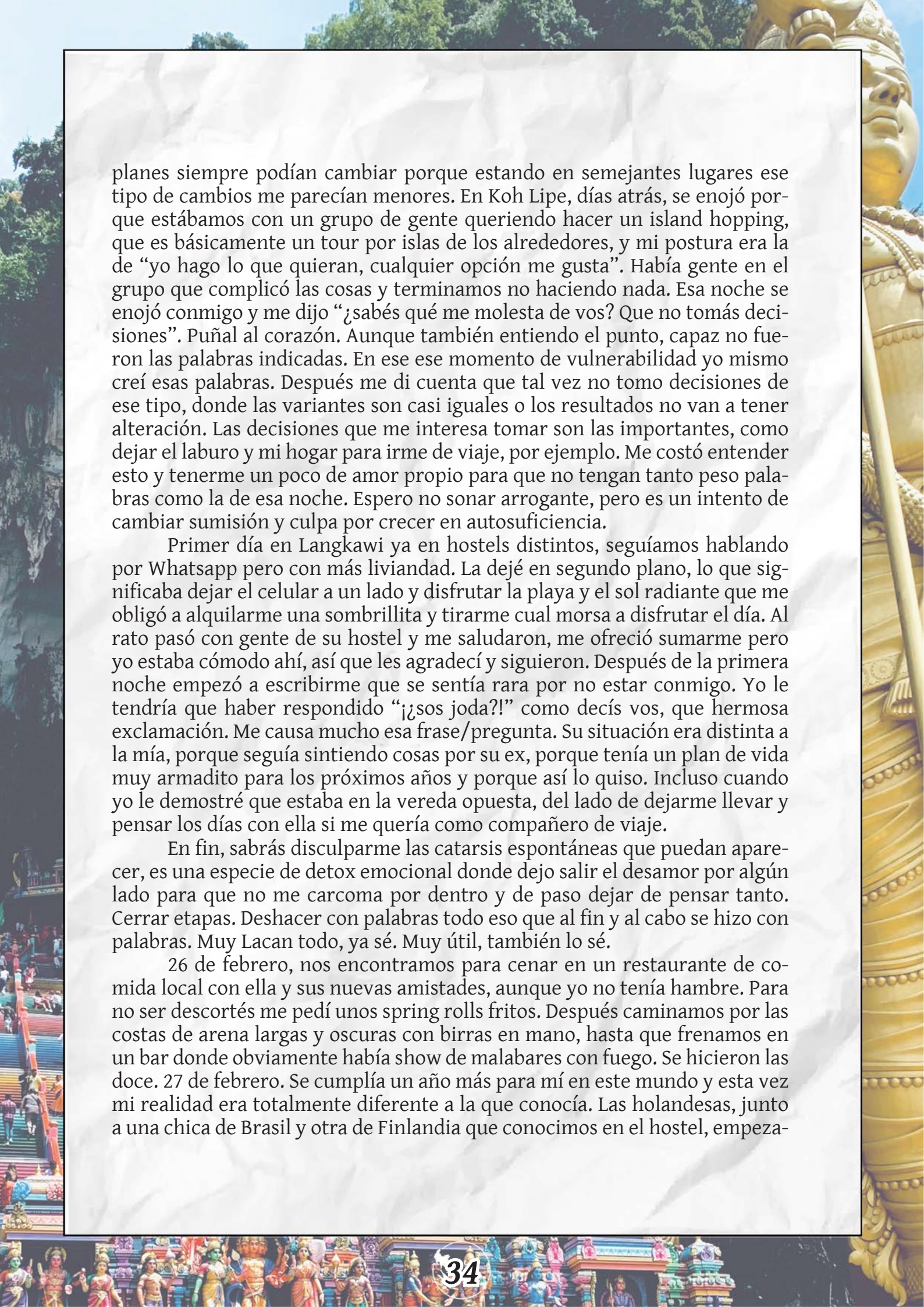
La tercera vez fue para la Full Moon Party en el sur tailandés y ahí fue donde pactamos compartir nuestro viaje: *“You’re gonna go to Malaysia and so am I. Let’s meet somewhere over there”*¹². Se sumaron esa explosión hormonal de enamoramiento y estar en el medio de la nada sin planes y nos encontramos en Georgetown, la ciudad del arte callejero malasio. Ahí empezó nuestro viaje, el que Holanda tenía tan bien planeado y yo tan improvisado.

En esos días en la costa oeste nos empezamos a conocer, compartiendo tiempo con más gente que se iba cruzando por la vida. Laura es una de ellas, con la que compartimos casi todo el recorrido por Malasia. Es holandesa también, pero no se nota tanto porque tiene un costado en su personalidad que escapa al estereotipo acartonado europeo, y eso es algo que me hizo quererla desde el primer día. Confianzuda, bromista y sencilla, como liviana de equipaje. Hay mucha gente que me he cruzado viajando y me dio la sensación de que podría ser tranquilamente de Argentina. Ella es una de esas personas.

De Georgetown nos cruzamos en barco a Langkawi y pasamos muchos días. Porque en el medio nos subimos a otro barco para volver sobre nuestros pasos hasta la isla más al sur de Tailandia, que la teníamos a dos horas y creeme que nada va a estar más cerca que eso navegando el océano. Pasamos una semana en Koh-Lipe, mejor conocida como las Maldivas de Tailandia. Sin exagerar, el agua en esa isleta era tan transparente que caminé por la marea baja por lo menos cien metros antes de dejar de ver mis pies. Tal vez mucho turismo para mi gusto también.

Cuando volvimos a Langkawi, Holanda planteó algo que me hizo ruido pero no por eso dejé de coincidir. Que paremos en lugares separados. Todo eso se dio porque Laura hizo un plan con gente del hostel en el que ella estaba y cuando nos invitó ya habíamos hecho otros planes. Ahí fue cuando decidimos tomar un poquito de distancia. Lo decidió ella en realidad y coincidí, aunque en el fondo lo que me hacía ruido era que mis

¹² Vas a ir a Malasia y yo también. Encontrémonos por esas zonas”.

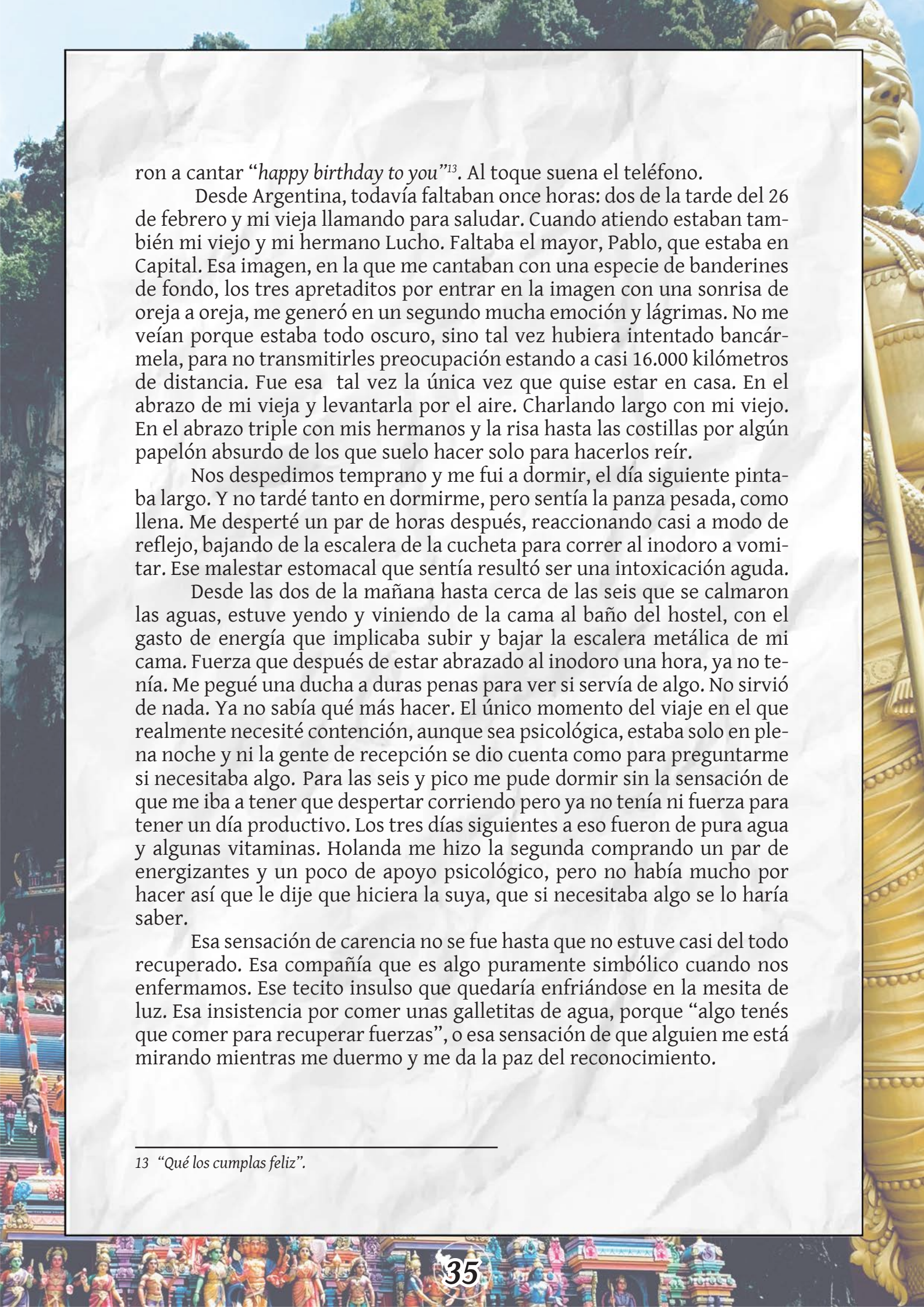


planes siempre podían cambiar porque estando en semejantes lugares ese tipo de cambios me parecían menores. En Koh Lipe, días atrás, se enojó porque estábamos con un grupo de gente queriendo hacer un island hopping, que es básicamente un tour por islas de los alrededores, y mi postura era la de “yo hago lo que quieran, cualquier opción me gusta”. Había gente en el grupo que complicó las cosas y terminamos no haciendo nada. Esa noche se enojó conmigo y me dijo “¿sabés qué me molesta de vos? Que no tomás decisiones”. Puñal al corazón. Aunque también entiendo el punto, capaz no fueron las palabras indicadas. En ese ese momento de vulnerabilidad yo mismo creí esas palabras. Después me di cuenta que tal vez no tomo decisiones de ese tipo, donde las variantes son casi iguales o los resultados no van a tener alteración. Las decisiones que me interesa tomar son las importantes, como dejar el laburo y mi hogar para irme de viaje, por ejemplo. Me costó entender esto y tenerme un poco de amor propio para que no tengan tanto peso palabras como la de esa noche. Espero no sonar arrogante, pero es un intento de cambiar sumisión y culpa por crecer en autosuficiencia.

Primer día en Langkawi ya en hostels distintos, seguíamos hablando por Whatsapp pero con más liviandad. La dejé en segundo plano, lo que significaba dejar el celular a un lado y disfrutar la playa y el sol radiante que me obligó a alquilarme una sombrillita y tirarme cual morsa a disfrutar el día. Al rato pasó con gente de su hostel y me saludaron, me ofreció sumarme pero yo estaba cómodo ahí, así que les agradecí y siguieron. Después de la primera noche empezó a escribirme que se sentía rara por no estar conmigo. Yo le tendría que haber respondido “¡¿sos joda?!” como decís vos, que hermosa exclamación. Me causa mucho esa frase/pregunta. Su situación era distinta a la mía, porque seguía sintiendo cosas por su ex, porque tenía un plan de vida muy armadito para los próximos años y porque así lo quiso. Incluso cuando yo le demostré que estaba en la vereda opuesta, del lado de dejarme llevar y pensar los días con ella si me quería como compañero de viaje.

En fin, sabrás disculparme las catarsis espontáneas que puedan aparecer, es una especie de detox emocional donde dejo salir el desamor por algún lado para que no me carcoma por dentro y de paso dejar de pensar tanto. Cerrar etapas. Deshacer con palabras todo eso que al fin y al cabo se hizo con palabras. Muy Lacan todo, ya sé. Muy útil, también lo sé.

26 de febrero, nos encontramos para cenar en un restaurante de comida local con ella y sus nuevas amistades, aunque yo no tenía hambre. Para no ser descortés me pedí unos spring rolls fritos. Después caminamos por las costas de arena largas y oscuras con birras en mano, hasta que frenamos en un bar donde obviamente había show de malabares con fuego. Se hicieron las doce. 27 de febrero. Se cumplía un año más para mí en este mundo y esta vez mi realidad era totalmente diferente a la que conocía. Las holandesas, junto a una chica de Brasil y otra de Finlandia que conocimos en el hostel, empeza-



ron a cantar “*happy birthday to you*”¹³. Al toque suena el teléfono.

Desde Argentina, todavía faltaban once horas: dos de la tarde del 26 de febrero y mi vieja llamando para saludar. Cuando atiendo estaban también mi viejo y mi hermano Lucho. Faltaba el mayor, Pablo, que estaba en Capital. Esa imagen, en la que me cantaban con una especie de banderines de fondo, los tres apretaditos por entrar en la imagen con una sonrisa de oreja a oreja, me generó en un segundo mucha emoción y lágrimas. No me veían porque estaba todo oscuro, sino tal vez hubiera intentado bancármela, para no transmitirles preocupación estando a casi 16.000 kilómetros de distancia. Fue esa tal vez la única vez que quise estar en casa. En el abrazo de mi vieja y levantarla por el aire. Charlando largo con mi viejo. En el abrazo triple con mis hermanos y la risa hasta las costillas por algún papelón absurdo de los que suelo hacer solo para hacerlos reír.

Nos despedimos temprano y me fui a dormir, el día siguiente pintaba largo. Y no tardé tanto en dormirme, pero sentía la panza pesada, como llena. Me desperté un par de horas después, reaccionando casi a modo de reflejo, bajando de la escalera de la cucheta para correr al inodoro a vomitar. Ese malestar estomacal que sentía resultó ser una intoxicación aguda.

Desde las dos de la mañana hasta cerca de las seis que se calmaron las aguas, estuve yendo y viniendo de la cama al baño del hostel, con el gasto de energía que implicaba subir y bajar la escalera metálica de mi cama. Fuerza que después de estar abrazado al inodoro una hora, ya no tenía. Me pegué una ducha a duras penas para ver si servía de algo. No sirvió de nada. Ya no sabía qué más hacer. El único momento del viaje en el que realmente necesité contención, aunque sea psicológica, estaba solo en plena noche y ni la gente de recepción se dio cuenta como para preguntarme si necesitaba algo. Para las seis y pico me pude dormir sin la sensación de que me iba a tener que despertar corriendo pero ya no tenía ni fuerza para tener un día productivo. Los tres días siguientes a eso fueron de pura agua y algunas vitaminas. Holanda me hizo la segunda comprando un par de energizantes y un poco de apoyo psicológico, pero no había mucho por hacer así que le dije que hiciera la suya, que si necesitaba algo se lo haría saber.

Esa sensación de carencia no se fue hasta que no estuve casi del todo recuperado. Esa compañía que es algo puramente simbólico cuando nos enfermamos. Ese tecito insulso que quedaría enfriándose en la mesita de luz. Esa insistencia por comer unas galletitas de agua, porque “algo tenés que comer para recuperar fuerzas”, o esa sensación de que alguien me está mirando mientras me duermo y me da la paz del reconocimiento.

13 “*Qué los cumplas feliz*”.

¿Por qué me fui?

"Solo en el culo del mundo": Un día en Bangkok

El día que conocí a T. y L.

La historia de los fondos de pantalla de Windows

La noche que lloré en Kinohita

Cumplir años en el extranjero

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una pesadilla

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapore

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alopinógenos

Cuatro días en un bote para ver al delfín

¿Estaba en la lista? ¿Y ahora?



El cielo bajo el agua

Fuimos atravesando Malasia a lo ancho hasta llegar a la costa noreste donde están las islas Perhentian. Paraíso poco turístico, de agua transparentes con dos islas: Perhentian Besar es la principal, con un público más adulto y cheto, de resort y comodidades. Y Kecil la más chica, para ir a mochilear y bucear. Fuimos a parar a la segunda con gente que conocimos viajando y estaba haciendo la misma ruta. Otras dos chicas y dos chicos holandeses, un austríaco y una alemana.

Mi interés por bucear era casi nulo. Cuando tenía once años fuimos de vacaciones con mi familia al sur y buceamos en las aguas frías de Esquel. De eso me quedó el recuerdo de congelarme hasta que el traje de neopreno se llenó de agua y mi cuerpo entró en calor y no mucho más. Era muy chico. De todas maneras quise hacer una inmersión para ver que onda y si no me gustaba no perdía nada. En el momento en que bajé con el regulador de aire en la boca me di cuenta de que quería quedarme ahí abajo para siempre. Me enamoré. Conocí la vida debajo del mar y algo que estaba en segundo plano pasó a ser mi ruta de viaje.

Después de ese primer día le dije al instructor que quería hacer el curso introductorio y Holanda también, aunque a ella le costó mucho meterse bajo el agua y poder controlar esa sensación de respirar abajo. Es entendible. Es querer desafiar las lógicas de la naturaleza con un tubo de oxígeno en la espalda y así de “fácil” estábamos nadando a diez metros de profundidad. Se apunan los oídos, tenés que mantener el equilibrio, no podés irte rápido para la superficie porque te puede dañar los pulmones y tenes que controlar que el tanque tenga aire para volver a donde empezaste. Son muchas cosas, que hoy me parecen una pavada, pero todo eso se suma a que debajo del agua no se puede hablar, así que es cuestión de no perder la paciencia y saber el lenguaje de señas que te ayuda a comunicarte con tu *buddy*¹⁴ de inmersión.

Nos dieron los libros de donde estudiar la parte teórica y estudiamos juntxs pero Holanda tuvo que empezar de cero en una pileta, para sacarse los miedos antes de meterse a mar abierto con todo lo que eso implicaba. Entonces lo práctico lo hice solo, con el instructor Miquel Ángel, de Barcelona. Golazo que hablaba español, aunque la teoría tuve que hacerla en inglés y me sirvió mucho para mejorar el idioma. El curso tenía muchos momentos de hacer ejercicios y señas bajo el agua así que no fue tan divertido, pero lo mejor llegó después, cuando fuimos a hacer nuestro primer *free dive*¹⁵.

Hay diversos spots, o puntos que ya están predeterminados para bucear porque son seguros y tienen algo así como un recorrido que se puede hacer con no mucho más riesgo que el clima del día, si hay corriente, y en las Perhentian se sumaba que tuviéramos cuidado con el Titan Triggerfish, que es un pez un poco grande, blanco y dorado, y te quiere atacar si pasas

14 “Compañero/a”.

15 Buceo libre.

cerca de “su zona”. Googlealo, es muy lindo, aunque no sea amigable. Ese día fuimos al “Temple of the sea”¹⁶ y ese nombre ya te lo dice todo. La diversidad de corales y de peces que tiene esa zona de Malasia es una de las más amplias del mundo y esa tarde yo quedé atónito, te lo juro. Fue como ser un extra en la peli de La Sirenita, entre miles de peces que hacían una nube colorida y se trenzaba con los colores de otros peces que iban en la misma dirección, dejándose llevar por la corriente. Más grandes, más chicos, más rápidos, más curiosos, más vida de la que vi en mi vida. ¿Y las tortugas? Nunca sentí tanta paz en tiempo real como viendo a una tortuga levitar en el océano sin prisa y sin pausa. Todo eso con lo que en la isla llaman the aquarium¹⁷, los corales en su mayoría cobrizos y dorados más lindos y sanos de la región malaya.

El cielo bajo el agua

Desde que llegamos a la isla se dieron algunas secuencias muy feas e inesperadas. Cuando llegamos nos hospedamos en Long Beach, que sería la parte más movida de la isla y la primera noche fuimos al único bar que tiene la playa donde hay al menos nueve hostels. Se llama Abbas y tiene el mismo nombre que el dueño del bar. Esa noche un chico le ofreció un vaso de whiscola a Holanda, diciendo que en la barra le habían dado uno de más. Hasta ahí parecía cualquier escena donde un europeo, petiso, todo trabado y altanero, con camisa hawaiana abierta y gorra para atrás, quería levantarse a una piba. Holanda tomó menos de medio vaso y se dio cuenta de que tenía gusto raro. Además empezó a sentir como palpitaciones y náuseas, así que salió caminando por la playa para el hostel, que estaba a unos 500 metros. No terminó ahí. Avisamos a la gente de nuestro hostel y a quienes pudimos que estaban en la playa cerca del bar, para que tuvieran cuidado. Literalmente es una isla, como muchas otras, sin policía. A lo sumo una guardia costera que hace de ley y orden.

La noche siguiente cumplía años Ross, una de las holandesas, así que fuimos al mismo bar, asumiendo que lo que pasó fue un imbécil queriendo pasarse de vivo poniéndole algo al vaso de una piba. Cuando se hicieron las doce y cantamos el feliz cumpleaños, a Ross le dieron en la barra una botella de vodka para que tome un trago por cada año cumplido: 24 sorbos que, obviamente, no llegó a tomar y paró antes de la mitad, creo. Al ratito lanzó todo. Estaba en el piso mientras la intentábamos despertar pero ni respondía. Uno de los holandeses la cargó y la llevamos al hostel. Cuando empezó a reaccionar estaba fuera de sí. Lloraba y quería correr al mar, no teníamos ni idea por qué pero la contuvimos hasta que se durmió. Cada tanto se despertaba y todo de vuelta. La gente del hostel nos ayudó y el instructor hizo

16 “Templo del mar”.

17 El acuario.

un poco de rescatista controlando sus signos vitales, pero no había mucho por hacer más que esperar a que el alcohol, o lo que sea que tuviera en el organismo, se fuera. Para la madrugada ya estábamos por irnos a dormir y apareció un hombre que trabajaba en el bar del hostel con una chica desnuda. La tapaba con una sábana y la trajo hasta ahí porque ella no tenía idea de dónde estaba parando, ni nada.

Al otro día terminamos el curso de buceo y yo lo único que quería era irme de esa isla de mierda. No entendía qué estaba pasando pero estaba estresado, con miedo a que le pasara algo a alguna otra piba. Porque a ninguno de los pibes nos pasó. Las víctimas eran todas pibas, no es tan difícil la ecuación.

Sumado a todo esto, una de esas noches Holanda me dijo algo que cerró toda posibilidad de algo que se estaba dando de a poco, que era la idea de estar juntxs más allá del viaje que estábamos compartiendo. Porque sí, no conté mucho de eso, pero ella me gustaba y yo a ella, pero por su parte cómo que las no cerraba la idea. Yo venía de otro país, su ex todavía le escribía y la hacía dudar, ella tenía un plan de viaje muy tajante. Todo eso me alejaba, nos alejaba. Pero al final del día venía y me decía *“you’re so good to be true”*¹⁸ o cosas así, y yo me quedaba entre desorientado y tranquilo. Porque mantenía una ilusión poco realista que tuve durante el tiempo que compartimos, que era la chance de tener algo, básicamente. Nada de eso importó con el paso del tiempo y yo me di cuenta que mi pose de “siempre dispuesto” a ella no le significaba amor y no se puede construir algo de a dos con alguien que no tiene certezas pero necesita esa confirmación: no importa lo que hiciera, yo iba a estar ahí. Visto en la distancia, poco sano todo. A veces me acuerdo y me la baja, tal vez por eso me cueste escribir sobre ella. Ya charlaremos mejor de eso. Ya sanaremos mejor todo eso. Esa noche yo no salí, me fui a procesar el “desamor” caminando por la playa vacía y cuando volví Holanda estaba en el mismo desvelo, acostada, sin sueño y mirando el techo. Me contó de una tradición en su país que se llama *verzoening seks*, y significa “sexo de reconciliación”. Yo pensé que me estaba tomando el pelo, real. Estaba enojado, triste, todo junto y la piba me decía eso, no entendía nada. Me terminé aflojando y tuvimos sexo. Y tengo que admitir que estuvo mejor que muchas veces ordinarias. Así que no entiendo cómo funciona, pero sigo pensando que es un método para tapar problemas pero algún día deja de funcionar. El método, o el sexo. O las dos cosas.

Nos desayunamos que el resto del grupo fue al bar de Abbas y a Susi, la chica de Alemania, le habían puesto algo en el vaso y entró en un estado similar a Ross, de irracionalidad agresiva y querer ir corriendo al mar descontroladamente. Cuando nos fuimos de esa isla, Laura se quedó haciendo

18 *“Sos tan bueno para ser verdad.”*

workaway para el hostel donde estábamos parando. Limpiando habitaciones y cocinando el desayuno para seguir buceando gratis y hacer algún otro curso. Seguimos en contacto y nos contó que una noche estaba caminando por la playa con un pibe cuando vio a Abbas, el dueño del barcito, llevando a una chica que caminaba con dificultad. Se dieron cuenta de la situación y se acercaron a decirle que la dejara tranquila, que no estaba bien. De la nada aparecieron unos flacos que trabajaban en el bar y le empezaron a pegar al chico que estaba con Laura. Ella se metió a defender y le pegaron a ella también y Abbas le dijo que se cuidara, porque esta vez la había sacado barata. Ahí nos cayó la ficha de que la movida de ponerle la droga al vaso la estaban haciendo en el propio bar y, rascando un poco más, no tengo idea de qué nos podríamos encontrar. Laura habló con el gobierno holandés y le dijeron que se fuera de la isla porque podían tardar en llevar ayuda y era peligroso quedarse.

Eso puede ser tranquilamente una red de trata y no puedo imaginarme todas las pibas que habrán vivido algo similar por ir a ese lugar de mochileras solas. Piel de gallina. Y no es mi idea sembrar pánico por contarte esto, porque nosotros estuvimos ahí para bancar a Holanda, Ross o Susi, pero no se trata de eso. Si había dudas, esto reafirma lo universal del patriarcado. Tal vez cambia la forma de identificarlo alrededor del mundo, y el sudeste asiático tiene muchas similitudes con Sudamérica, ya te conté algunas antes. La etiqueta de tercer mundo resume bastante esta y otras escenas que me encontré en cada país y me hacía acordar en algo a Argentina y su cotidianidad.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Pensé que dejar atrás a Holanda me iba a costar. Todo lo contrario. El día que nos despedimos fue todo fugaz, porque cada cual tenía un vuelo programado y esa tarde calurosa en Malaca nos sentamos en un Mc a esperar que se hiciera la hora. Cuando llegó mi Uber también llegó el de ella, así que nos abrazamos medio rapidito y taza, taza. Esas horas hasta que llegué al aeropuerto de Singapur fueron de mirar por la ventanilla del bondi o el avión, escuchando Jeites, pensando en todo lo que hicimos en el viaje por Malasia y por otra parte el alivio de volver a estar conmigo. Al principio del viaje me aterraba la idea de estar solo en el mundo, en todos los sentidos. Viajando con Lucía fue mucho confort y con

Holanda se sumó la constante performance de tener siempre algún truco nuevo bajo la manga. Alguna habilidad artística o alguna historia interesante para contar. Todo eso quedó atrás y cuando hice una historia para Instagram contando que estaba en Changi, que dicho sea de paso -yo no sabía- es el aeropuerto más grande y moderno del mundo, volví a las bases.

Mostrar el viaje y hacer las veces de Marley es algo que disfruto mucho. Publicar algo llamativo y que me respondan, que apareciera alguien del pasado de manera inesperada o quizás el solo hecho de documentar siempre me salió espontáneo, sin pretensiones. Y Singapur fue el lugar ideal para prender de vuelta la cámara. Recorrer y perderme, registrarlo y reírme sin miedo a decir el cagazo que me daba lo que estaba haciendo. Perfecto por varias cosas, principalmente por lo sintético del país en general. Es una ciudad de los Sims, con un diseño urbanístico que hace funcionar todo a su alrededor, sea transporte público o turismo en masas llegando cada día. Hay una historia muy interesante y es que fueron colonia británica invadida por Japón durante la Segunda Guerra Mundial y posguerra volvieron a ser de la corona, formando parte de Malasia, pero ya había diferencias culturales irrevocables, así que empezó el proceso de independencia. Te recomiendo buscar un poco en Google, no solo porque puedo llegar a errar con la info, sino porque vas a encontrar cosas históricas que explican mejor lo que viví de cerca cuando estuve de paso. Un país que afrontó la crisis con mucha infraestructura y educación pública, y al mismo tiempo una economía de libre mercado muy fuerte que la hizo cuna de grandes marcas transnacionales. Todo muy lindo, el sueño de vida moderno con sus facilidades a un costo alto de vida, pero con una falta de identidad cultural sesgada por la primacía de la plata. Me puse demasiado serio y nerd, ¿no? Es que esta vez me hizo mucho ruido ese mundo del consumismo en su máxima expresión.

Fui a parar a un hostel con el mismo diseño que el de Kuala Lumpur, de camas cápsulas, pero sin astronautas y todo lo temático espacial.

O sea, la habitación era un pasillo largo de metro y medio de ancho, muy iluminado, en el que ibas caminando entre baños bien equipados pero reducidos y cortinas blancas individuales que funcionan como puerta a cada cama. La pieza es para doce y conmigo hizo el check-in una familia muy numerosa de chinos que aprovechó el inicio de las vacaciones escolares y se llevaron a las bendiciones a conocer Singapur. Otra vez, el hostel no parecía ser el lugar de socialización para mí.

En una tarde de caminata me recorrí las zonas turísticas icónicas del país: el Merlion, que es una estatua que combina la parte superior de un león y la parte inferior de un pez y representa las raíces del país; la explanada, el Marina Bay, el puente Helix y las torres más grandes del centro. Por supuesto que me faltaron muchos lugares, que incluso no llegué a visitar porque tampoco estuve muchos días. Entre lo caro que es todo y lo poco interesado que estaba por ese tipo de turismo del consumo, preferí ir a lo imperdible y seguir viaje.

Al otro día temprano me subí por primera vez a un monorriel para ir al Universal Studios Singapore. La única réplica a escala que tiene el sur de Asia del parque de diversiones de Universal. Aunque abría a las diez, y yo estaba ahí en punto, la cantidad de gente me hizo pensar que sería mi único plan del día con largas esperas en cada atracción. Después descubrí algo y es que la mayoría de las atracciones tienen una fila para singles¹⁹, que vienen a rellenar los vagones cuando sobra un solo lugar. Tené en cuenta que el único parque de diversiones que conocía hasta ese momento es el Parque de la Costa y fui a los doce así que me acuerdo poco y nada. Con esa ventaja de estar solo, para las dos de la tarde ya me había recorrido las mejores atracciones incluyendo las montañas rusas de Transformers y La Momia, aunque la última me mareó un toque.

Me senté a almorzar en un local de comida rápida con las temática Far Far Away de Shrek y noté que alguien me miraba. De hecho eran varios chicos de no más de veinte años, que cuchicheaban entre sí mirándome de reojo, hasta que uno de ellos tomó coraje y se me acercó. Con un inglés fluído me preguntó “¿are you alone?”²⁰, mientras sus dos amigos me miraban expectantes por mi respuesta, con una curiosidad un poco inocente. Les impresionó el hecho de verme solo más que otra cosa y nos pusimos a charlar. Me preguntaron por qué viajaba solo y si no me daba cosa y a los pocos minutos de hablar me invitaron a la montaña rusa de Sci-Fi²¹. Desde ahí, pasé el resto de mi tarde con mis nuevos tres amigos de China, que estaban de vacaciones pero iban a la escuela ahí en Singapur. Me contaron muchas cosas de la ciudad, de sus ganas de viajar y fuimos a cenar a un local de sushi, careta y caro como todo en Singapur.

19 Gente sola

20 “¿Estás solo?”

21 Abreviación en inglés para: ciencia ficción.

En el parque de diversiones hay fuegos artificiales cada sábado y domingo, así que nos quedamos y a las diez de la noche, antes del cierre, pasamos por la zona de Hollywood y llegamos a un lago artificial para sentarnos a esperar con un vaso de birra en mano. Se puede tomar en lugares públicos pero te multan por fumar. También te multan si no tiras la cadena, o si cruzás mal la calle, por esas y otras penas le dicen a este país a fine country²². De nada sirvió esperar porque después de una demora de media hora, y una voz en los parlantes que reiteradas veces advirtió algunos problemas técnicos prontos a solucionar, finalmente terminó por cancelar el evento. Nada de fuegos artificiales a pesar de haber esperado todo el día en el parque y alrededores. Tampoco me quejo, es que me dio gracia lo groso que me los vendieron y que el único día que tuve la chance en mi estadía, no pude verlos.

La noche terminó caminando a la estación de trenes con mis tres amigos, intentando aprender un poco de chino básico, pero te juro que es muy complejo. No tienen abecedario sino que tienen palabras con diversos significados o algo así, no sé. Un quilombo.

Hay algo de compartir la alegría, ¿no? Viste que dicen que si estás triste y lo compartís, “alivianás” un poco la angustia y hasta te hace sentir mejor a veces. Bueno, es como cuando te pasa algo increíble y buscás a alguien que reconozca ese acto divino de buena suerte o incredibilidad. Y ni hablar la excitación de subirse a una montaña rusa que te lleva colgando por tres vueltas consecutivas y bajadas y subidas y para cuando te bajaste el nivel de éxtasis no te entra en el cuerpo y necesitás confirmar que le pasó a alguien más. Singapur me dio lindas postales del turismo consumista, algunos días para volver a jugar como a los doce en el Parque de la Costa, y las ganas de seguir haciendo filas en lugares, para que me pregunten si estoy solo y sonreír para adentro, sabiendo que puede ser el día que aprenda a decir “hola” en algún idioma nuevo, para olvidarme en el momento exacto que me despida de esa gente, que seguro no vuelva a ver, local en su tierra y turista en estas líneas de compañía.

²² País de multas”

¿Por qué me fui?

solamente el culo del mundo". Un día en Barcelona

El día que conocí a Holanda

La noche de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso made sal

El día bajo el agua y la pesadilla de

el día de una puñalada

La ópera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat, que me gustó más que a

Como si fuera a primera vez (

de la ópera de Brno, que me gustó más

de accidente de mar, que me gustó más

de un día en el mar, que me gustó más

de un día en el mar, que me gustó más

Cuatro días en el mar, que me gustó más

de un día en el mar, que me gustó más



Desde que despedí a los chinos hasta llegar al hostel tardé casi una hora y ya era tan tarde que no circulaba gente en las calles, ni siquiera en los pasillos de las habitaciones. Me hice un café y me quedé en el hall/comedor grabando historias y audios antes de ir a dormir. En un momento llegaron de las pocas personas que recuerdo haber visto en el desayuno y podrían tener aproximadamente mi edad. Se sentaron en la mesa larga para compartir donde estaba yo y nos pusimos a charlar. Cornelia y Hanna, dos amigas suecas que estaban aprovechando sus últimas dos semanas antes de irse a estudiar a la Universidad de Estocolmo. La charla de esa noche fue casi de manual, preguntándonos de dónde veníamos, a dónde íbamos, si fuimos a tal o cual lado y algún que otro tip viajero. Pegamos buena onda y nos intercambiamos los Instagram por si pintaba hacer algo al otro día. Ah, sí, es más común pasarse el Instagram que Whatsapp. Las personas que me crucé de Europa usan generalmente el mensaje de texto y si son de Asia usan Line o WeChat.

Arranqué el día siguiente con un mensaje de Cornelia invitándome a cenar con ellas en la costanera, así que no hice mucho plan: caminé por las partes que me perdí el primer día y llevé el ukelele para sentarme en algún banco a cantar. De hecho me pasó algo re loco y es que estaba cantando un poco, en un caminito a la vera de un río súper tranquilo que atraviesa la ciudad, y se acercó un chico a charlar. David, un pibe de Estados Unidos que tocaba la trompeta en la filarmónica de la Universidad de Nueva York. Después de charlar un rato nos intercambiamos los Instagram y cada cual siguió su camino. Cuando miré su perfil me cayó la ficha al toque. El chabón estaba en Tailandia la noche de la fiesta de la luna llena, con una sunga negra, una gorra rosa y la cara llena de glitter como única prendas de vestir. Me acordé que esa misma noche, en una de las tantas historias que hice, estaba bailando con Lucía y apareció de la nada y me dio un beso en el cachete. Dos meses después de esa noche en Tailandia, estábamos los dos sentados en un banco en Singapur.

Tipo seis de la tarde ya estábamos en el hall con mis nuevas amigas de Suecia, por salir a cenar. Super temprano, pero cenar tipo siete de la tarde es bastante común en muchos lados menos en Argentina, diría. Así que caminando entre restaurantes encontramos uno de buena pinta y nos sentamos. Pedimos una hamburguesa con papas y una birra, todo bien fancy²³, y cenamos charlando de todo un poco. El plan ya estaba armado de antemano así que post cena fuimos al Marina Bay Garden, que es la zona abierta del Marina Bay. Unas callecitas llenas de plantas que te van guiando hasta llegar al centro del jardín, un espacio de árboles de metal gigantes, con luces que cambian al ritmo de la música. Todas las noches a las 20:45 hay un show con un género musical distinto, siempre

²³ Glamouroso/ostentoso.

popular. Llegamos cinco minutos antes de que empiece el show y estaba totalmente repleto. Es gratis y justamente por eso la actividad turística por excelencia para mochileros. Quienes quieren gastar unos mangos, después de eso, se suben al punto más alto del Marina Bay, super cheto, y se toman un Singapore Sling, un trago dulce que se parece a un daiquiri y se puso de moda en el siglo XX: Cuando las mujeres eran mal vistas por tomar alcohol, crearon este trago que parecía un simple jugo de frutas.

Nos tiramos en un hueco que encontramos en el piso, boca arriba con los árboles metálicos encima de nuestras cabezas. Justo cuando arrancó “Nessun Dorma” de Pavarotti, me llamó mi vieja por videollamada de Whatsapp y lo único que hice fue atender y enfocar la secuencia de cara al cielo. Entre lo imponente de las luces al son de la música y sentir que estábamos a más de diez mil kilómetros compartiendo el momento, no pude evitar el nudo en la garganta y los ojos llorosos. No fue tristeza, de hecho nunca estuve triste o “home sick”²⁴, así que sentí ese momento como un volver a vernos por un toque. Las personas que amo, y sé que me aman, se alegraron con cada día de aventura que les conté en audios, llamadas, fotos. De hecho esa idea de generar contenido viajando nació por querer mostrar todo a esas personas con las que charlaba en privado economizando el tiempo en Whatsapp o evitando llamadas repetitivas para mí.

El resto de la noche siguió yendo con Hanna y Cornelia a un barcito a tomar algo y aprovechamos para ir a uno en especial. Se llama 1-Altitude y es el punto más alto del país, que tiene un bar en la terraza, con un nivel de chetez que nunca antes tuve la chance de ver, te juro. La entrada era un poco cara pero nos daban dos tragos así que era un buen balance y accedimos. Desde ahí se podía ver todos los barcos de carga, de pesca y alguna que otra luz más en un océano iluminado por todos esos puntitos blancos e ínfimos. Bailamos, nos divertimos y nos dimos el lujo de tener un sábado a la noche bien a lo Singapur: tomando algo caro y espumante en una terraza con vista al mundo.

²⁴ Extrañando el hogar.

¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



El domingo post joda con las suecas, fue domingo fuerte. Se me juntaron la resaca con el mal dormir y las pocas ganas de salir de la cama. Me desperté tipo ocho cuando la familia de China se despertó al unísono y cinco minutos después de hacer ruido despreocupadamente se fue a desayunar. Me da la sensación de que hay ciertas cosas que nos ayudan a identificar las nacionalidades de las personas y no me refiero a meras cuestiones estéticas ni superficiales, sino mucho más. Los ojos achinados pueden decirte que alguien es de Asia, la tez morena que es del sudeste porque hace calor todo el año y hay playas increíbles, y la tez clara porque vienen de suburbios atestados de gente. O incluso culturalmente hablando en algunos países de Asia distinguían el status económico de una persona por su bronceado. El oscuro de la piel curtida daba la pauta de que se trataba de alguien que laburaba en zonas rurales, ergo, menor remunerada que aquellas personas que se dedicaban a tareas administrativas o de oficina. Por supuesto que en todas estas distinciones hay una manera de hablar generalizada, pero también está el esmero por no decirle china a cada persona de ojos achinados que me encontré en el viaje en general.

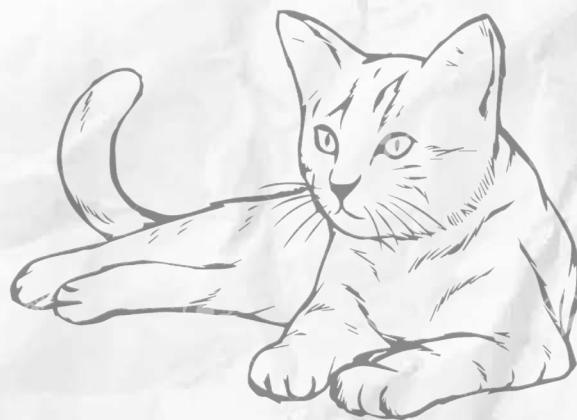
Para las tres de la tarde todavía no había almorzado, y me puse a buscar algo abierto en Google Maps. Encontré un lugar llamado Cat Cafe Neko no Niwa, traducción: un café de gatitos. Si había algo que podía levantarme el domingo era tomar algo caliente, comer algo dulce y acariciar cuantos felinos se pudiera, así que me pegué una ducha despabilante y arranqué.

Tengo que serte sincero y es que a nivel relato, de ese domingo no tengo mucho más para contar, y no pienso escribirte una carta que parezca de relleno, porque incluso lo notarías, me conoces tanto como me conozco a mí mismo. Prefiero, en su lugar, mostrarte lo que escribí esa misma tarde con un gatito siamés de ojos más claros que el mar tailandés y una nostalgia dominguera por charlar con alguien de todas esas cosas que preferimos no mostrar en este mundo de la exposición. Así que esta es mi lista de quince cosas que aprendí viajando. Algunas parecen tips, otras son muy personales. Arrancamos:

1. Siempre calculo estar en el aeropuerto una hora antes de lo que te recomiendan. No importa si es cabotaje o un vuelo de Argentina al Congo. Si dicen tres horas antes, yo me ordeno para estar ahí cuatro horas antes. Me estresa el solo hecho de pensar que puedo perder un vuelo
2. Me encanta estar en un aeropuerto esperando. Salvo que esté muerto de sueño o sean viajes muy largos, las horas previas a subir a un avión me dan un placer raro. Una relajación linda.
3. De chiquito me daba claustrofobia todo tipo de transporte y viajar en la ruta. Salir de viaje implicaba parar cada 50 kilómetros porque sentía

- que me asfixiaba y quería vomitar. En la adolescencia me daban unas gotas antes de cada viaje, tipo dramamine o algo de eso, y la piloteaba.
4. Hoy en día cada tanto me subo a un bondi o subte y me agarra un sofocón y me baja la presión, pero la sigo piloteando. Lo raro es haberme subido a por lo menos una docena de barcos por todo el sudeste de Asia y no haberme mareado más de una vez.
 5. Me propuse desde que pensé en viajar reducir lo más posible mi equipaje y no tener que despachar. Creo que es porque me incomoda el solo hecho de pensar que puedan perderme la valija, con el drama y pérdida de tiempo que eso implicaría.
 6. No despachar reduce mucho las cosas que puedo llevar conmigo, porque son básicamente diez kilos en mis hombros. Y si bien al principio de mi viaje me faltaba siempre algo, sobre el final logré armar una mochila de diez kilos que incluía ropa de invierno con guantes y gorro, ropa de verano, tres calzados, toalla de baño, el ukelele, un libro y el cuaderno que me regalaste, con el que te escribo estas cartas.
 7. La clave del punto anterior es qué tipo de prendas llevo conmigo. Calzados serían las alpargatas, ojotas que sirven para playa o entrecasa y las zapatillas puestas que son lo más formal digamos. La toalla de microfibra, el mate va colgado de un gancho y así todas las mañas posibles.
 8. Viajar tan liviano y con tan poco margen sirve para no hacer bolucompras. Desde que arranqué a viajar compré poco y nada. Un imán recordatorio de las torres Petronas, carísimo y horrible pero tenía mi cara así que me convencieron. Cambié las zapatillas mías que estaban rotas por unas nuevas y no mucho más.
 9. Un día de viaje me puse a ver el documental Minimalismo en Netflix y me di cuenta de que lo que fui experimentando en el viaje se asimila mucho a ese estilo de vida de tener lo justo. No lo digo queriendo marcar algo ni mucho menos. Me encanta comprar ropa, pero últimamente me siento mejor teniendo pocas prendas que amo fuerte.
 10. Al principio me daba vergüenza hablar en inglés y me ponía nervioso haciendo amistades en los hostels, pero con el tiempo empecé a valorar algo: la mayoría de las personas que hablan inglés nativo, no hablan otro idioma porque culturalmente crecen sin necesitarlo. Yo hablo dos idiomas. Y si bien mi inglés podría ser mejor, soy Saussure al lado del español de un británico que (generalmente) solo dice “despacito” o “la cuenta por favor”.
 11. También me daba vergüenza cantar o tocar el ukelele. Sentía que no lo hacía bien. Y aunque hoy en día sigo necesitando practicar, dejar de lado la idea autoexigente me hizo disfrutar más y, me animo a decir, que salgan mejor las canciones.

12. Si vas a viajar con poco equipaje como yo, te va a salvar la vida que en el hostel haya shampoo, jabón y hasta toalla incluida. De hecho suelo terminar en alojamientos poco céntricos o con gente adulta por no mirar en las reseñas la parte de “sociales”. No importa, si pongo en la balanza eso y todos los vuelos que vengo tomando desde el primer día, me ahorré muchísima plata, ergo, más días viajando.
 13. Dejarme el pelo largo para atarlo también simplificó el viaje. Antes le dedicaba tiempo a estar con el jopo bien peinado y perdía tiempo. Aunque me hubiera facilitado mucho más la vida pelarme, mi lado coqueto no terminó de convencerse.
 14. Me acuerdo cada nombre y cada rostro que conocí viajando hasta ahora. Y lo digo porque no me pasaba antes. ¿Viste esa gente que dice que es malísima con los nombres? Bueno yo solía usar eso como excusa también, para que no se note la falta de interés en memorizar nombres.
 15. Conocer la experiencia workaway me dio un panorama totalmente distinto de la idea de vivir viajando. Y no me refiero a esos que te quieren vender por Instagram la de trabajar vendiendo viajes para viajar gratis. Hablo de contactar varios hostels del destino para preguntarles si necesitan alguien en la cocina o haciendo las camas y laburás media jornada a cambio de no pagar alojamiento y muchas veces te dan el desayuno gratis. Lo malo es que para postularte tenés que asegurarles que vas a estar al menos una semana. En resumen, bajás la intensidad de desplazamiento pero hacés economía para seguir viajando.
- Y eso es todo por ahora. En realidad tengo mil de esas, pero me quiero guardar algunas para el día que nos encontremos, y aprovechar que te gusta viajar tanto como a mí, para despejarte tus dudas y, quien sabe, tal vez planear nuestro primer destino por el mundo.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Llegué a Filipinas con el atardecer de su capital, Manila. Las capitales son todas iguales o similares, puedo dar fe. Se concentra y expresa la globalización y el consumo en su mejor forma. Fui en Grab desde el aeropuerto hasta el hostel, por autopistas que tranquilamente podrían ser Acceso Oeste a Capital Federal o alguna de esas rutas bien cargadas en la vuelta a casa. El choque cultural estuvo, pero en todas las conversaciones que tuve con locales apareció la historia de Filipinas y su similitud con la nuestra. Fundamentalmente por haber sido colonia española, todavía tienen palabras como mesa, silla, cubierto e incluso los números hasta el cien, ponele. Llegué muchísimo mejor organizado que los pocos días en Singapur o Malasia, sobre todo porque encontré un blog que se llama *Viajar por Filipinas*²⁵ y básicamente tiene itinerarios para que te muevas por el país con descripciones de cada lugar, qué comer, qué hacer o qué evitar, todo.

Tenía que parar una noche porque al otro día volaba a Siargao y recién ahí arrancaba mi viaje digamos. Hice de vuelta lo mismo que en Malasia: reservé noche en un hostel y pagué dos dólares, nada. Dato fundamental: que un alojamiento esté a pocas cuadras de la zona céntrica o preferida por el turismo, no significa nada. Yo estaba a menos de diez cuadras y te aseguro que no era ni lindo, ni seguro.

De movida le costó al tachero encontrar el hostel y dimos varias vueltas de manzana hasta darnos cuenta de que estaba casi escondido. Yo mantenía la paciencia pero cuando frenábamos y él preguntaba por la ventanilla, un poco de miedo me daba. Era como estar dando vueltas por una zona baja, claramente un barrio periférico de la capital filipina. En el hostel había un par de pibes y pibas de otros países del sudeste de Asia, cero sociables. El Wi-Fi no llegaba bien a la pieza y la ducha era un chorro finito y frío que me hizo bajar el calor y sobre todo la humedad acumulada de las horas de avión y taxi.

Me sentí muy incómodo. Frustrado de no poder encontrarle la vuelta a reservar un alojamiento, tarea más que sencilla si tenes un celular con datos. Y la postal de miseria en zonas no tan transitadas se repitió al otro día, cuando llegué a la primera isla: Siargao. Paradisiaca, con playas cristalinas y barcitos hechos de caña que venden la birra más popular del país: San Miguel. Hay un ambiente de amor en el aire que sobrepasa esas carencias estructurales. Un clima distendido que ignora lo precario de las casas y el transporte, la falta de agua dulce en el hostel o la austeridad de los locales de comida que no se esmeran en tapar nada de lo que no está. Lo que no hay de sobra.

Me dijeron que Siargao es de los mejores lugares del mundo para aprender a surfear así que estaba en mi lista de cosas para hacer y lo hice: último

²⁵ www.viajarporfilipinas.com

día antes de irme, fui con tres chicas de Londres y una filipina que conocí en el hostel. Día gris, un poco frío y lluvioso, que invitaba a quedarse en el hostel más que otra cosa. El problema con lugares de playa es que si llueve se te pinchan la mayoría de los planes y más en estos casos que no existen shoppings y tener Wi-Fi para ver series es un lujo de spa y resorts.

Pararse en una tabla de surf que mide dos metros es difícil, pero con lluvia, viento y una marea baja mucho más. La zona en la que hice el cursito introductorio era arena de puras piedras así que si caía tenía que intentar no tocar el piso y flotar, pero a su vez no sabía qué tan profundo era hasta que me caía de la tabla. A todo esto, tenés que acostarte boca abajo en la tabla y remar con tus manos contra las olas para ir un poco a lo profundo y esperar e intentar pararte a tiempo con alguna ola que te lleve. Es tan difícil como suena.

No me había animado antes a cantar en público con el ukelele. Pero había una o dos canciones que las tenía tan practicadas a esa altura que empecé a soltarme. Y la gente empezó a acercarse. Y dejé de enunciar al principio de mis conciertos para dos o tres nuevas amistades, que *“I’m still learning”*²⁶ o que *“I need to improve my singing skills”*²⁷. Para el último día de la primera semana en Filipinas ya había sumado a surfear las siguientes aventuras: caminé por debajo de la tierra en una cueva de río subterránea, fui a una playa que se mezclaba con un río y tenía agua dulce y salada separadas pasando de color celeste a azul, me tiré de una palmera de cinco metros a un río y terminé tocando unos tambores en una especie de ritual alrededor de una fogata cantando *“aheehaahee”* al mejor estilo *“yo soy sabalero”* pero versión filipina. Me gusta este otro viaje. Lo aleatorio de la experiencia por sobre todo. Llegar al hostel, ver a las inglesas con las que compartí avión y ponernos a charlar, no tan acartonado como ese proceso de conocer a alguien en una rutina convencional. ¿Te imaginas la misma secuencia pero en un bar platense y de la nada acercarte a alguien a preguntarle *“de dónde sos y a dónde vas”*? De mínima te mirarían con cara de rechazo social.

Me gustó encontrar ese equilibrio del viaje: venir machacando con que la gente era el viaje y tener algo familiar a que agarrarse, pasé a valorar la chance de compartir algo con alguien por un rato y que eso no signifique afianzar una amistad o hacer cosas en soledad. Vas a retarme por caer en este lugar común y cliché, pero el paso del tiempo nos da esa perspectiva, mientras tanto hacemos catarsis y drama de lo que nos va pasando.

26 *“Todavía estoy aprendiendo.”*

27 *Necesito mejorar mis habilidades de canto.*

¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

De accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Recorriendo Cebú, una de las islas principales de Filipinas con muchos lugares y visitas obligadas, llegué a Malapascua con un objetivo claro: Es el único lugar donde hay 100% de chances de ver tiburones zorros en una jornada de buceo. La cuestión es que están a por lo menos treinta metros de profundidad y muy temprano, cuando recién sale el sol. Viven mucho más abajo, pero durante la noche suben para que algunos peces “los bañen”: básicamente comen la piel muerta que se desprende del tiburón y de esa forma lo limpian. Ya supe desde antes de llegar que ahí me iba a dedicar a hacer el Curso Avanzado de Buceo: con eso podía bajar de diez a treinta metros de profundidad, bucear de noche, bucear en barcos hundidos, aprender a navegar con brújula y otras cosas.

Malapascua tiene el tamaño de una cancha de fútbol, ponele. Es una isla muy chiquita. Algo así como treinta cuadradas platenses y la zona transitable debe ser la mitad. El resto es naturaleza. No hay agua dulce en los baños, así que una ducha es casi como bañarse en el mar, y para lavarnos los dientes teníamos que pedir agua en el bar del hostel. Ahí conocí a seis chicas danesas de unos veinte años, que estaban en su *gap year*²⁸. Es un bache entre terminar la escuela y meterse de lleno a estudiar, en el que viajan por unos meses y les sirve para tomar la decisión de qué quieren hacer en el futuro. Increíble, lo sé, me voló la cabeza. Tendría que ser una oportunidad que cualquier persona debería tener antes de encarar los estudios, estoy seguro que aclararía muchas dudas existenciales y liberaría presiones que el sistema escolarizante y las instituciones nos meten desde siempre.

También conocí a dos personas muy importantes: Alex y Adriana, una pareja de Suiza que estuvo más de un año y medio viajando por el mundo. Él es mecánico dental y ella kinesióloga y se conocieron cuando él tuvo un accidente de moto y ella fue la encargada de su recuperación. Fue muy gracioso escuchar esa secuencia de idas y vueltas que tuvieron antes de concretar una cita. Pensamos que los suizos no se histeriquean o cosas así. Esas cosas son tan universales como la risa. Todo el mundo se ríe y no hay idioma para eso. Caí en la cuenta en alguna que otra cena comunitaria en algún hostel: con un inglés malo o bueno, el humor va a aparecer de alguna forma. Esa idea de que no es lo mismo entre gente de distintos países y contextos es verdad, obvio, pero aplica para casos como el mío con Holanda ponele. Compartís una experiencia y después haces de eso un chiste. Con la gente que recién conoces también aplica, porque hay cosas que pasan en todo el mundo.

Del tiburón zorro no te voy a decir mucho porque es inexplicable, como todo lo que pude vivir bajo el mar en general. Siempre me sentí más seguro ahí que en la superficie, incluso cuando buceamos con mis amista-

28 “Año paréntesis” (año sabático).

des suizas y me quedé sin aire en el tanque a un par de minutos de terminar la inmersión y le pedí a Alex que me compartiera oxígeno. En realidad -acá entre nos- quería ponerle adrenalina al buceo, que estaba por demás aburrido. No me iba a pasar nada, era un escenario premeditado.

De Malapascua me fui a Moalboal, un pueblo donde salís con snorkel a la orilla del mar y pasan bancos inmensos de sardinas. Coincidí en día y lugar con la pareja suiza y fuimos a tomar algo y a bailar, ya mucho más confidentes, con la alegría de saber que estábamos haciendo una ruta similar y nos íbamos a volver a cruzar. No es raro, la gente hace rutas similares. Una vez conocí una piba de Alemania en Malasia y no supe más nada de ella hasta que me la encontré el primer día caminando por una islita en Filipinas. Creeme que te abrazás como si fuera un reencuentro con esos primos que querés mucho y no ves tanto. Creo que es algo de encontrar lo familiar en lugares extraños o nuevos.

Como mi siguiente destino era el mismo que tenían Alex y Adriana en su lista, les pregunté si querían compartir transporte y así fuimos consolidando la compañía mutua por unos días. Empezó otra aventura que mezclaba workaway e incertidumbre en un pueblo desconocido y poco turístico, pero con los mejores corales que pude ver buceando.

El objetivo era básicamente bucear en Apo Island y yo pensaba ir desde un pueblo muy turístico pero mi pareja amiga consiguió hospedaje en un pueblo cero turístico llamado Zamboanguita, al que llegaron a través de workaway.com y lo que era una especie de espacio de intercambio cultural. Atención a la siguiente descripción porque no sé ni por dónde empezar a relatar. En la página figuraba como “una casa de playa amplia que albergaba mochileros y mochileras, que ofrecía bucear pagando solo por el equipo, sin valor agregado, a cambio de intercambiar experiencias de vida desde nuestra procedencia en el mundo”. Hasta ahí sonaba hermoso y bucear no es barato, así que económicamente hay un beneficio claro.

El bondi sin aire por rutas sinuosas a unos 36° de térmica nos dejó en una calle donde el contacto que hicieron Alex y Adriana nos pasó a buscar en dos motos y nos llevó a nuestro hogar por tres día: big papa's house. Una especie de cabaña improvisada a orillas del mar, con una habitación grande para unas veinte personas distribuidas en cuquetas y colchones finitos como esas colchonetas para hacer yoga, amontonados en el piso entre mochilas gigantes y arena. Una cocina de uso común con la regla básica de lavar lo que se usa, con agua dulce sin mucha presión y para calentar la comida podíamos comprar latas de gas. Nuestra primera noche prendimos fuego cocos secos y nos hicimos un arroz con guacamole muy bueno.

La pieza estaba llena pero podíamos dormir en una especie de gazebo de cañas con hamacas paraguayas que de día eran de uso común y de noche para que durmiera quien quisiera. Ahí dormí yo. Me encantó hasta que a las 6

AM empezó a pegar el sol y aparecieron unas moscas que no me dejaron seguir durmiendo. Es que la austeridad del lugar no era un problema ni en pedo, lo que llamaba la atención era el host o dueño del lugar. David, más conocido por los pibes filipinos que trabajaban para él a cambio de una cama como “papa”. Así, sin tilde. Él es un yanki de Chicago, muy flaco y canoso de ojos claros. Muy amable y charlatán, tal vez en exceso. Cuando llegamos estaba discutiendo con una empleada del gobierno que venía a notificarle algo en relación a una supuesta socia con la que empezaron este proyecto de pseudo hostel.

Por su forma de ser y manejarse, me da la impresión de que Big Papa tal vez no se fue en buenos términos de su hogar en Estados Unidos. En estos contextos empezás a imaginarte cosas muy de película: qué hace un yanki en un pueblo de Filipinas con casi cero turismo, aparentemente ocupando tierras para construir una escuela de buceo que no reconoce a los organismos internacionales de buceo porque le parecen “a business”, con pibes menores de recursos bajos haciendo encomiendas y trabajos domésticos. ¿Lo estará buscando la ley de su país? ¿Cómo habrá ido a parar ahí y cómo consiguió esas tierras? Como diría Te Lo Resumo Así Nomás, son preguntas que jamás obtendrán respuestas, ¿ta claro?.

Los equipos eran bastante precarios y no inspiraban mucha confianza pero fuimos a bucear a Apo Island. El guía era un tano con menos de cien inmersiones de experiencia. Para un guía eso es relativamente poco, digamos. De lo que sí puedo dar fe es de que una vez abajo del agua, me olvidé de todo eso que pasó en la superficie. Los corales inmensos parecían la escenografía de una película de Disney. Podrían hacer la versión live-action de Buscando a Nemo en ese lugar, donde hay metros y metros de corales rojos y terminan donde empiezan los colores cobre, que se mezclan y terminan donde empiezan los grisáceos y así en grandes bloques se forman como si fueran vecindarios de peces. Ahí vimos por lo menos nueve tortugas verdes y de vuelta esa paz. Una estaba en el fondo del mar, apoyada descansando y me apoyé a su lado, en la misma posición. Mi respiración y mis pulsaciones bajaron tanto como si estuviera escuchando “Muchacha ojos de papel” (ah, eso es un ejercicio que hago para respirar profundo bajo el agua y regular mejor el aire).

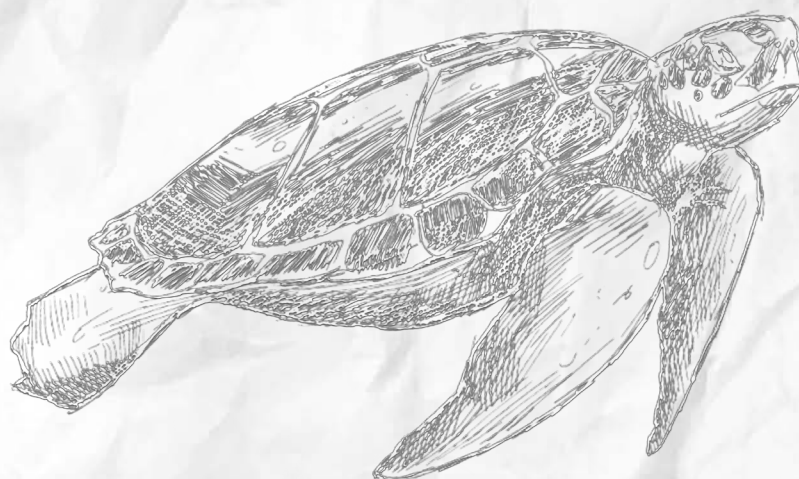
Peces de los más lindos que te puedas imaginar, en mi *dive log*²⁹ anoté esto: “la primera inmersión vimos cuatro tortugas y mi máscara estaba tan sucia como los parabrisas de un auto viejo”. En la segunda inmersión se puso más lindo, “dos víboras, una langosta inmensa, mi primer pulpo, un pez globo y el pez más hermoso que se llama ‘black and white spanish dancer fish’³⁰.” Por favor, googleá ese último, yo no podía creer lo lindo que era. No sé qué cierre darle a esto. Tal vez no sea necesario contar más. Después de bucear nuestro objetivo se cumplió así que nos fuimos al otro día. Cuando dejamos el lugar Alex me dijo que ese tal Papa les cobró por las tres noches que

29 Diario de buceo.

30 Pez bailarín español blanco y negro.

durmieron ahí y yo me re calenté. Un verdadero chanta. No era tanta plata pero confirmó un poco la percepción de que ese tipo no era de fiar. Pero no quiero que pienses que el mundo no es un lugar seguro, quiero que te animes a conocerlo por tu cuenta. Sé que hay injusticias, que hay un sistema que oprime y es global, o que hay una cultura machista violenta universal y eso está en casa o viajando, lejos o cerca, en cualquier idioma.

Cada persona que conocí de Europa me preguntó si es seguro viajar a la Argentina y me costó encontrar la forma de responder correctamente. Mi lado patriota, el que ama nuestro ser nacional con sus contradicciones, me empuja a decir que “los lugares y zonas turísticas son seguras” y mi costado más realista y crítico sabe que Latinoamérica es una región diezmada históricamente. Pero también lo es el sudeste asiático y lo vi de cerca. Hay muchas similitudes entre esas dos regiones. Colonizadas e independizadas en sus respectivos tiempos y contextos. Así que cuando dudes de salir al mundo, no te olvides de que sigue siendo tu hogar. No te vas a otro planeta, la cultura mezclada con la globalización le da un tinte homogéneo a la mayoría de las sociedades con sus particularidades. No me quiero ir por las ramas, pero es una cuestión que aparece mucho. Mis amistades, no las que tienen miedo a dejar un laburo que no les llena pero les da plata sino las que les da miedo que les pase algo, son muchas. Y si pudiera decirle algo sería esto: anímense a viajar, que incluso en esa aparente realidad mundial, van a encontrarse con cosas que no están en ningún blog de viajes o agencia de turismo. La ineludible oportunidad de lo imprevisible y cómo sobrevivir a ello haciendo comunidad. Yendo a la otredad.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

Del accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Del accidente de moto

Del país que más me costó irme fue de Filipinas, eso es seguro. ¿Por sus playas desoladas y paradisíacas o por su gente amorosa? Bueno, también. Pero en realidad me costó irme literalmente, casi pierdo dos vuelos y me quedo ilegalmente en el país. Spoiler: nada de eso pasó por una serie de eventos sumamente afortunados, donde aparecieron una pareja de franceses, una danesa y una candidata a alcaldesa de una isleta de por ahí.

Conocí a Julien y Morgan en un party boat en Port Barton, una isla raramente poco conocida que en los últimos años está pisando fuerte y lo vale. No solo porque tiene una playa de doscientos metros hermosa de la cual salen barquitos a dar vueltas por otras playas lindas de la zona, sino también porque está entre Puerto Princesa y El Nido, que son junto a Corón los tres lugares más turísticos de Filipinas. Mi plan fue recorrer de sur a norte los cuatro lugares para terminar en Corón, básicamente porque tiene aeropuerto y de ahí me tomaría un avión a Manila y otro avión para dejar el país y empezar el viaje por Indonesia.

El party boat es un bote de madera, bien rústico y con un segundo piso que es una escalera a una especie de terracita donde podés recibir un masaje o tirarte de un tobogán directo al mar. El tour duró todo el día, nos llevó a hacer snorkel con tortugas verdes, después a almorzar en una isla del tamaño de plaza España. Todo esto con música, cerveza, whisky y ron y otras veinte personas de similares edades. Y todo, absolutamente todo incluido. Con lo que amo los masajes, subía cada una hora a hacerme una sesión de quince minutos mirando de frente cómo se movía el bote hacia el horizonte.

Durante el tour charlé con todo el mundo y para cuando terminó había pegado buena onda con Julien, un chico de treinta años nacido en Montpellier que estaba viajando con una chica de Toulouse. No eran una pareja convencional, en sus palabras eran mas bien “amigarches”. No sé si existe esa palabra y menos en inglés, pero sirve a los fines del relato. Y cuando nos dimos cuenta que estábamos yendo a El Nido al mismo tiempo, les pregunté si querían ir conmigo, que significa compartir transporte y llegado el caso a veces hostel. Similar a como se dieron las cosas con la pareja de Suiza, Alex y Adriana.

En El Nido están los mejores tours del país, porque están los lugares más hermosos e increíbles. Busca en Google “Big Lagoon” y vas a encontrar una especie de lago enorme rodeado de rocas de hasta cien metros de altura, color marrón madera, decoradas con mucho verde hasta la punta. Con la pareja de Francia planeamos eso y yo por mi parte me hice el plan de alquilar una moto por tres días para recorrer algunos puntos lindos de la isla, dos de ellos eran Nacpan y Duli Beach. La primera noche fuimos a bailar y conocí a un grupo de diecisiete daneses que estaban viajando en

plan gap year. Ya te conté de qué trata, ¿te acordas?. Bueno a eso se le suma algo habitual que es comprar paquetes de viajes ya pre-armados en agencias. De hecho ese grupo que conocí empezó siendo de veinte pero uno se quebró fiero y tuvo que volver y otras dos compraron solo la primera parte que era Tailandia y de ahí pegaron la vuelta.

Sophie era parte de ese grupo y fue con la que más onda pegué, así que al otro día la invité a alguna de las playas a las que planeaba ir. Se subió a la moto y arrancamos. A todo esto, no sé si te conté, pero la primera vez que me subí a una moto fue en Malasia con Holanda. Suelen ser scooters chicas, muy fácil de manejar, y por eso hay miles en las calles de todo el sudeste asiático en general. Y también hay miles de turistas que, como yo, nunca en su vida manejaron pero en esta experiencia viajera se les da por hacerlo. Siempre subestimé a esa gente que conocí viajando y se había pegado un palo en la scooter, porque mi razonamiento era que si vas con cuidado y prestando atención, todo va a estar bien. Bueno, no es tan así. Por ejemplo, yo soy un pibe muy flaco, no soy fit ni tengo músculos ni nada. No es raro pesar más que yo, alcanza con tener mi estatura. Y la danesa era incluso apenas más alta que yo.

Yendo en moto sincronizar el movimiento de los cuerpos es importante y cuando manejás en arena, no alcanza con tener cuidado e ir lento, se necesita experiencia y confianza. A un par de kilómetros de llegar a destino teníamos que recorrer un camino de arena en bajada. Listo. Esa fue la sentencia. Intenté ser precavido yendo lento, pero las ruedas se iban metiendo en huellas de arena que hacían todo más complejo. Y en una de esas la rueda de adelante fue para la izquierda y nuestros cuerpos para la derecha. Seguimos de largo derecho al piso, yo caí de cabeza y el casco amortiguó el golpe. Sophie cayó sobre mí así que no le pasó nada salvo algún raspón chiquito. Pero cuando hice de air bag giré por el piso y me pelé todo el hombro derecho.

Éramos dos cuerpos revestidos en arena por completo. Lo primero que se me cruzó por la cabeza en el piso fue saber si ella estaba bien y con la adrenalina no lo supimos hasta pasadas las horas. Lo segundo que se me vino a la cabeza fue muchísima culpa. Cuando pasan estas cosas sentís el peso de la responsabilidad y no importa que se trate de algo que no puedas controlar por completo. Esa culpa que no se me fue aunque ella me dijo mil veces “*hey, what could you do? Isn't your fault*”³⁰. En mi cabeza pesaba más la amiga que me dijo antes de irnos, “*bring her back in one piece*”³¹. Está bien, no fue para nada grave, pero ya me conocés, al “señor perfección” estas cosas no le pasan.

A la noche fuimos a cenar con el grupo de daneses y lo del porrazo quedó en anécdota, pero en ese momento empecé a dimensionar el peso de

30 “*Hey, ¿qué podrías haber hecho? no es tu culpa.*”

31 “*Tráela de vuelta en una pieza.*”

mis acciones sobre los vínculos. Que esa vez fue bien gráfico pero a veces no hay moto o caída y duele igual. Y ni hablar de lo que implica cada nueva experiencia. Porque es salir de la zona de confort todos los días. Es la convivencia con la incertidumbre y lo que nazca de un plan que no siempre puede ser. El mío al principio era con Lucía y ella tenía días y horarios para Tailandia. Mezcla de aliviador y estresante. Porque el último día no llegamos a tomar un barco y eso atrasó la hora a la que tomamos el bondi, que casi le hace perder a ella su vuelo de vuelta a casa. Y Malasia fue parecido pero lo contrario, porque Holanda tenía un plan y yo me amoldaba pero si pintaba estar más días en algún lado o salirnos de la ruta de viaje, estaba todo bien. Pero hay cosas que te obligan a mantener un esquema mínimo.

Quedar varado en El Nido

Una visa de turista tiene una fecha de vencimiento. No puedes estar para siempre en un país como extranjero y eso es un ejemplo de algo que te obliga a tener un mapa mental, un cronograma o lo que te sirva para moverte teniendo en cuenta que tal día ya no tenés que estar ahí. A Filipinas llegué un 27 de abril, supongamos. Y la visa es de un mes, ergo, mi fecha de partida obligada era 27 de mayo. ¿Cómo llegué a estar frente al oficial aeroportuario diciendome “*you are late two hours*”³³? bueno, atendí este relato: empezó todo el día de la party boat, cuando decidí que mi próximo destino sería Indonesia. Ya sentía el cansancio de estar corriendo sin parar y en Filipinas visité doce islas o ciudades en un mes. No más *rush*³⁴, Indonesia tenía que ser a otro ritmo, más tranquilo. Saqué un aéreo de cabotaje desde Corón, mi último destino en el país, hasta la capital, Manila. Y de Manila al aeropuerto de Denpasar en la isla de Bali. El primero era el 26 post mediodía y el segundo el 27 de mayo a la tarde. Todo fríamente calculado. Idealmente pensado para que cayera una pieza del dominó y se desarme el plan. Pero en el dominó se caen las fichas y empezás de cero. Viajando perdés plata, tiempo, energía.

Estaba tan cansado de andar corriendo entre botes y minivans que me consumían medio día y hasta a veces jornada completa, que cuando decidí Indonesia pensé en el no plan. Llegar a Bali y tirarme de culo en la playa a ver pasar la vida y los días. Empecé a seguir en instagram a DPM, que es una escuela de buceo, y les conté que estaba recién iniciado, dispuesto a hacer un workaway. Laburar en su hostel y que eso me permitiera, en el mejor de los casos, bucear gratis para amenizar costos. Me contestaron que por el momento no necesitaban gente y me pasaron su lista de precios y sus redes sociales.

De El Nido a Corón hay un barco rápido directo de seis horas. Si tenía que estar en Corón el 26 para volar, con llegar el 23 podía disfrutar el lugar,

³³ “Llegaste dos horas tarde”.

³⁴ “Apurarse”.

bucear con los barcos japoneses que se hundieron en la Segunda Guerra Mundial e irme con una hermosa tilde de aprobado para Filipinas. Pero El Nido es probablemente de lo más turístico que tiene el país. Eso me la bajó bastante, porque el turismo es sinónimo de lugares atestados de gente, basura en todas sus formas y pocas chances de encontrar tranquilidad en alguna de sus formas. Mucha noche y turistas escabiando. Y si se suman transporte obsoleto y turismo excesivo, te imaginarás: fui el 24 a sacar el pasaje de barco y no había. No había más hasta el 27. Los únicos dos barcos que me podían llevar estaban llenos por al menos tres días. Listo, ahí tenes la pieza del dominó cayendo y volteando todo a su paso.

Ahí empezó la odisea, cuando el chico de la agencia de viajes me dijo que no había otra forma de llegar a Corón, me vio muy insistente y le salió decir que tal vez había otra forma, pero que no estaba seguro de que funcionara. Y cuando le dije a Julien y Morgen se prendieron en la aventura, porque también era parte de su plan y porque querían hacerme la segunda. Ahora que lo pienso, fue la primera vez que alguien en el viaje cambió aunque sea un poquito su ruta de viaje para seguirme los pasos. Con ese impulso de amistad y un mapa hecho con lapicera azul y nombres poco claros, nos fuimos a dormir para arrancar temprano quién sabe qué recorrido.

Hubo un plan que descartamos de entrada y era básicamente estar media hora antes de que el barco se fuera, por si alguien que compró ticket se ausentaba. Pero me advirtieron que no sería el único en apuros, así que deseché esa opción. Empezamos temprano en lo que sería una especie de estación de tuk-tuks. ¿Te conté lo que son? Sería el taxi más económico que te podés tomar en Filipinas y aunque tenga variantes suele ser siempre una moto de motor grande, revestida con una especie de cabina para dos personas al costado. Hicimos el mejor regateo que pudimos y conseguimos que nos llevaran al puerto de San Fernando, al norte de El Nido. Eso fue cerca de una hora y como la cabinita era para dos, Julien se subió atrás del conductor en la moto.

Desde San Fernando salía un único barco al mediodía para Linapacan, una isla con apenas unas casas de familia y absolutamente cero turismo, ni bares ni nada comercial. Llegamos ahí después de esperar el barco un par de horas y otras cuatro de viaje. Ya eran cerca de las cinco de la tarde cuando bajamos en el puerto de una isla fantasma. Lo primero que atinamos a hacer fue hablar con la guardia local, que son policías y al mismo tiempo se encargan del transporte que entra y sale de la isla. Llegamos y estaban tirando a un aro de basquet en la vereda de la comisaría. Con solo vernos asumieron que estábamos perdidos. Antes de atendernos metieron para adentro al par de perros que nos quisieron dar la bienvenida medio

35 "No hay barcos de acá a Corón".

jugando, medio ladrando de mala cara. “*There is no ticket boat from here to Corón*”³⁵. Ok. Lo único que nos podía salvar era un hombre de la isla, dueño de un barco, que lo alquilaba a agencias de tours de Corón y solía ir una vez cada dos semanas. ¿Sabes dónde estaba ese hombre? HABÍA SALIDO PARA CORÓN DOS HORAS ANTES DE QUE LLEGÁRAMOS. Ahí pensé: “perdí los dos vuelos, claramente, y voy a estar de ilegal en el país”.

Sumada a la frustración, teníamos hambre y sueño. Y nos faltaba buscar alojamiento. Pero eso fue fácil, porque en el mismo puerto había una casa de familia de dos pisos, con un almacén de comidas en lo que sería el garage. Preguntamos ahí y resultó que el piso de arriba era para huéspedes. Listo, resuelto. Salimos a recorrer la isla y era como caminar por uno de esos pueblos del interior de Buenos Aires, donde no hay nada más que casitas distintas entre sí. Con gente sentada afuera en el mejor de los casos o un par de nenes jugando en la calle que es también vereda porque son todo lo mismo, si total no hay autos. Conseguimos cenar en una casa de familia que en el hall tenía un restaurante y ahí fue donde les dije que ya estaba prácticamente resignado. Que si perdía mi vuelo seguramente iba a saltar Indonesia y el ticket nuevo sería directo a Australia. Y como no había dato alentador que pintara otro panorama, me fui a dormir con eso en la cabeza.

Me desperté a media mañana y me estaban esperando abajo con un café negro. En la única mesa para desayunar estaba también la dueña de la casa/hostel/almacén. Cuando le empezamos a contar cómo habíamos terminado ahí y que yo estaba a 48 horas de perder dos vuelos y afrontar la ley filipina por estar en el país ilegalmente, la señora sonrió. Caminando con un celular apenas más nuevo que el Nokia 1100, en pantalón de pijama color rosa clarito con detalles blancos, una remera gris lisa y lentes de sol, la señora empezó a llamar a alguien. “*I have a friend with a boat, when do you need to go?*”³⁶.

Dory, mi salvadora, era candidata a Concejal del Partido Pagbabago ng Palawan, (traducido como “*Palawan’s party of change*”³⁷) y representante de la isla de Linapacan en las elecciones legislativas de mayo. Dejó la isla de joven para estudiar afuera algo relacionado a la agricultura y volvió después de un tiempo para dedicarse a la política y a la familia. Hizo del segundo piso de su casa un hostel para unas diez personas y con eso y algunos laburos formales vive. Cuando le conté toda la historia me quiso conseguir el bote en cuestión de horas, hasta que le aclaré que tenía un margen de un día y se relajó.

Al otro día salimos con Julien y Morgan, en un bote turístico para quince personas. Llegué a tiempo a Corón para recorrerlo pero no para bucear. Al final, la pieza del dominó cayó aislada, y viajar solo no es sinónimo de soledad.

36 “*Tengo un amigo con un bote, ¿cuándo necesitas ir?*”.

37 “*Partido del cambio por Palawan*”.

¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso mate sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

Del accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de Instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



Dejé Filipinas el día exacto que tenía que irme porque vencía la visa. El de migraciones tuvo el tupé de hacerse el gracioso mientras chequeaba mi pasaporte, “*you’re late for two hours*”³⁸, y cuando se me borró la sonrisa de la cara se escuchó su carcajada. Me reí, obvio, pero de nervios. Es como cuando algún docente en la secundaria se quería hacer el gracioso y tiraba chistes malísimos, ¿no te ibas a reír? Al fin y al cabo había que aprobar.

De Indonesia no tuve mucha info hasta que llegué. Nada más el dato de una isla que me tiró un portugués en Malasia o los hostels que me recomendaron Alex y Adrianna. Para esa altura del viaje ya no quería correr, estaba cansado. Fueron casi cinco meses de moverme por muchos lugares y en Filipinas estuve como mucho cuatro noches en el mismo lugar. En otros apenas dormí una noche de paso. Así que me propuse llegar y ver cómo me sentía, cuántas ganas de moverme tenía.

Me bajé del avión en Denpasar muy temprano un domingo a la mañana. Con la diferencia horaria era sábado a la noche en Argentina así que tenía que hacer una salida al aire en el programa de radio que hacía con unos amigos antes de irme de viaje. Pero esa noche no fue necesario, así que me quedé escuchando y tomando un café en el aeropuerto, cansado después de dos aviones y todo lo que conlleva.

Llegar a un país es volver a extrañarse por lo desconocido, sea el lenguaje, la comida o el trato al extranjero. En Indonesia el transporte público es parecido pero muy diferente al de Filipinas. Se explota al máximo el negocio de alquilar scooters y se agrega la moto con cambios y hasta en algunos casos la moto cross como servicio top y esto no es por una cuestión de lujos. Las rutas de las islas están hechas mierda en algunos casos.

Fui directo a Bali en un taxi moto que se pide por una app llamada Gojek, mucho más barato y rápido que un auto claramente. Imaginate que cualquier calle, no importa si es avenida o un pasaje, tiene al menos unas cinco motos alrededor de cada auto que circula. A simple vista parece un embotellamiento, no sé cómo hacen pero mantienen una velocidad constante y pocas veces cuesta avanzar, aunque sea lento.

Bali es una isla grande, podés irte al norte y hacer caminatas en volcanes o meterte en paraísos de templos y vegetación como en Ubud. O podés ir al sur y caer en Uluwatu, donde están las mejores olas de hasta dos metros de alto, para surfers que la tengan clara e incluso quieran competir en algún torneo playero. Yo fui a parar a Kuta, porque estaba cerca del aeropuerto y me dijeron que podría gustarme. Le erraron.

A ver, no es que no me gustó, pero Kuta es la zona de Bali por excelencia para los excesos, la joda y el descontrol. Sería “la Bangkok” de Bali, con muchos boliches y bares que abarcan cuerdas atestadas de turismo de todas las edades. Mucho puestito con ropa de marca “trucha”, mucho bar

38 “Llegaste dos horas tarde”.

con ofertas en tragos y cervezas y una particularidad que ilustra bastante la escena: todo el mundo te ofrece falopa. Son muchos flacos parados en la calle que tienen una metodología generalizada. Primero te frenan con un tono y sonrisa buena onda. “¿Motorbike?”, te dicen. Cuando respondés que no, bajan el tono de la voz, se te acercan un poco sonriendo y dicen “¿marihuana?”, y cuando les decís que no de vuelta terminan su speech con un susurro casi mirando el piso pero lo suficiente cerca de tu oído para que escuches “¿cocaine?”. Algunos son más graciosos, te miran fijo y exageran gesticulando, se tocan la nariz cuan resfriado de alergia, hacen el siete de espadas (o de oro, o los dos) y levantan las cejas tipo “¿que si quiero o si tengo?”.

Pasé esos días en el hostel básicamente, del cuarto al comedor y la pileta, charlando de a ratos con Adrián, un mendocino muy copado que estaba viviendo en Australia y se tomó unos días para recorrer Indonesia. No pude dejar de sentir un cansancio físico y mental que me llamó la atención. Me costó entender que era el hecho de estar llegando al quinto mes viajando. Sin dormir más de una semana en el mismo lugar, cambiando de horarios y aun así madrugando para aprovechar los días y acostándome tarde. El del viajero es un ritmo que se presta mucho a la reflexión y por eso me parece revelador escribir estas cartas mirando hacia atrás. Porque cualquiera te va a decir que amaría vivir viajando pero, aun así, aparece en algún momento el deseo de sentar cabeza o echar raíces. Que no significa necesariamente construir una familia, pero los vínculos viajando son fugaces y a veces está bueno lograr confianza con la gente, las calles y las plazas.

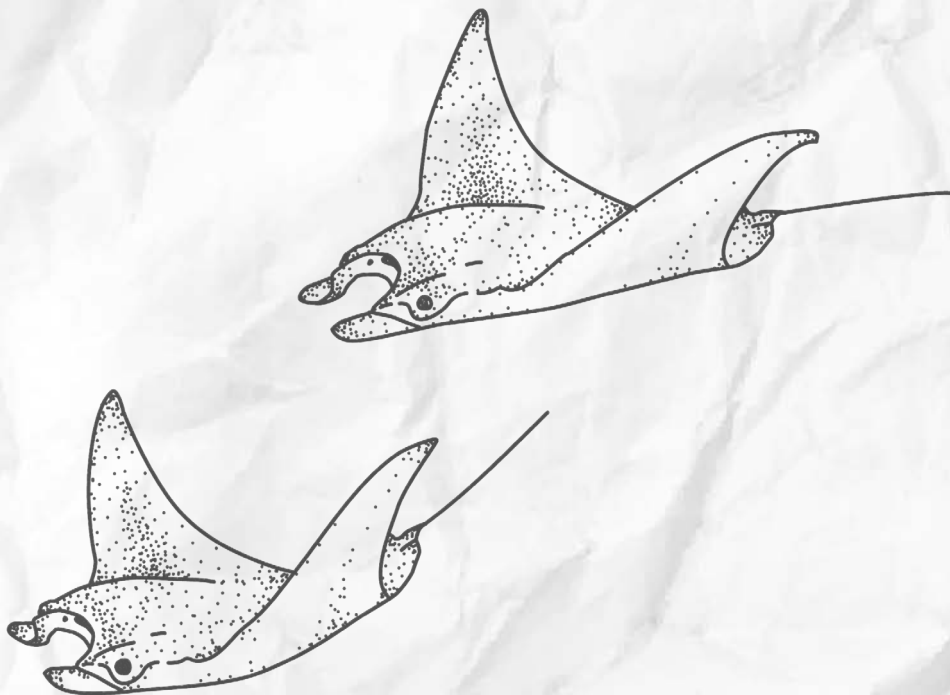
Después de esa semana en Kuta, donde no hice más que playa y arranqué desde cero Game of Thrones, me subí a un bote y me fui para Nusa Lembongan, una isla de dos metros cuadrados, super chiquita y con un puente que lleva a otra todavía más chiquita que se llama Nusa Ceningan. Lo que me pasó ahí todavía me parece un flash: estaba trabado y no sabía qué hacer, si volverme a Bali y seguir haciendo la plancha o si seguir la ruta viajera que me llevaría por otras islas de alrededor y demás. Cuando el tipo del hostel me pidió que le confirme si extendía o no, le dije que me diera la noche para pensarlo y me fui a dormir, entre estresado y frustrado por no saber para dónde arrancar, a una pieza de cuatro camas donde estaba durmiendo solo. Me desperté en la madrugada, tipo cuatro de la mañana y se me dio por mirar el celu, casi como un acto reflejo que ya me sale por naturaleza, y tenía una lluvia de notificaciones inusual.

¿Te acordás que cartas atrás te conté de una escuela de buceo, a la que le escribí para hacer antes de dejar Filipinas, con ganas de hacer workaway? Resulta que hicieron un sorteo en Instagram, en conjunto con

“Argentinos en Australia” y “365 Assist”, en el que regalaban un curso de buceo con alojamiento incluido en alguna de sus sedes y seis meses de cobertura médica. Participar era fácil: etiquetando a dos amistades y siguiendo las tres cuentas. Adiviná quién ganó. Sí, insólito.

Me gané un sorteo para bucear gratis, que es lo que pretendía cuando mandé ese mensaje semanas atrás, en un lugar que me quedaba a cuatro horas en barco como mucho. Porque, claramente, si me lo ganaba estando en Argentina o cualquier otro lado, ya era otra la movida de organizar un viaje solo por el premio. DPM tiene sedes en Nusa Penida (a dos horas en barco directo desde Nusa Lembongan) y las islas Gili, unas horitas más al este en otro barco. Me quedaba a la vuelta de la esquina literal.

La locura de esta causalidad fue que no solo me dio la chance de seguir conociendo lugares, y sobre todo el fondo del mar de otro país, sino que demostró lo pegados que van el mundo virtual del físico o mal llamado real, ¿me explico? La concatenación de hechos que me hizo curiosamente escribirle por Facebook a unas personas que después hicieron un sorteo de Instagram en el que hice un comentario con cero expectativas y coincidentemente estaba tan cerca del lugar que yo recorría con más dudas que certezas al mismo tiempo que se terminó el sorteo, para finalmente indicarme el camino del viaje, que no es más que lo que fui buscando a medida que fui avanzando. Esperando que se aclaren las cosas, moviéndome cuando me trabé y dejando que el (casi no) plan se me escapara de las manos. Cada vez que un cimbronazo me sacó del eje, lo que vino después tuvo el peso relativo a la sorpresa y esta vez no fue la excepción.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

Del accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de Instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?



El curso de rescatista

Al otro día de ganar el sorteo arranqué para el lado de las islas Gili, pero antes quise pasar por un par de islas que tenía cerca y estaban en la *check list*³⁹. Quise bucear en un punto que se llama “Manta Bay” y se ven mantarrayas, pero esos días las olas estaban muy altas y a cambio fuimos a otro punto en un barco lleno de franceses, que pensaban que yo era francés y les tuve que recordar treinta veces que no les entendía si no hablaban inglés. Ahora que lo menciono me acordé que durante el viaje fui conociendo gente con la que jugamos a adivinar nuestras nacionalidades y lo primero que atinaban a decir es que soy de Francia o de Italia. Lo de tano tiene sentido por las raíces, pero nadie tiró a pegar un país sudaca, ni cerca. No me llama la atención, entre la industria cultural y el estereotipo de latino que aparece en las pelis yankis y nuestra cultura occidentalizada, dejó de sorprenderme que me preguntaran si en Argentina hablábamos portugués.

Después de eso fui a recorrer la isla en moto con Sina, una chica de Alemania que conocí en Kuta, muy copada, y después del atardecer en la *devil tear*⁴⁰, nos fuimos taza taza. Mientras voy escribiéndote estas cartas y me voy acordando de esa gente que conocí me van dando ganas de escribirles, preguntarles cómo andan, si siguen viajando por el mundo o se volvieron a sus casas. Conocí a una pareja de Londres que volví a encontrar en Australia y me dijeron que se casaban y que querían que fuera a la boda, eso sería muy lindo la verdad, y sería la primera vez que voy a un casamiento, literal.

Nusa Penida es una islita que probablemente tiene de los paisajes más lindos que pude encontrar, pero transitar en moto es casi imposible sin un poco de experiencia. Y los locales lo saben tan bien que hasta se ofrecen por unos mangos para manejar tu moto y llevarte por esas partes del recorrido que te pueden costar transitar. Mi paso por la isla no fue más que la foto icónica en Kelingking beach (googleala te va a encantar, posta) y un templo literalmente subterráneo al que se entra por una cueva. El día que lo fui a conocer estaban de misa por el ramadán así que me quedé y por supuesto era el único extranjero en la misa, así que activé el modo antropológico y fui haciendo lo mismo que los que tenía al lado. Poniendo las manos para recibir unas gotas de agua y pegándome unos granos de arroz en la frente me gané la aprobación de algunos locales que me miraban sonriendo, entre expectantes y curiosos. No me dio el tiempo para hacer mucho más antes de subirme a un barco que me dejó en Gili Trawagan, mejor conocida como Gili T.

Fui a parar a la más grande de tres islitas pegadas entre sí y la más famosa entre pibes y pibas que recorren esta zona de Indonesia. En primer lugar porque es una de las pocas islas que tiene fiesta todas las noches,

39 “Lista de cosas por hacer”.

40 “Lágrima de diablo”.

aunque llegué justo en Ramadán, o sea, nada de ruido después de las once de la noche. No porque le exijan al turista cumplir con la ceremonia, sino porque en cualquier hostel, bar o restaurante tiene gente de la isla contratada y tienen que cumplir con el ayuno religioso y todo lo que conlleva. La segunda cuestión es que a nivel buceo es una de las zonas más hermosas y con más tortugas marinas que te puedas encontrar, incluso visibles desde la orilla del mar. Por eso decidí reclamar mi premio del curso de buceo ahí, porque amo las tortugas y la paz que me transmite encontrarlas en el fondo del mar. Y *last but not least*⁴¹, Gili T es la isla de los “mushrooms” (hongos alucinógenos), pero ya voy a llegar a esa parte.

Antes de seguir tengo que introducir a las personas que me acompañaron esos días y como son unas cuantas personas voy a recurrir otra vez al estilo de Te lo resumo así nomás: Primero tenemos a “Galán”, el español fachero de ojos claros e instructor del curso de buceo. Después están Álvaro y Atilio, los rosarinos de treinta y pico que se tomaron unas vacaciones de un mes por un montón de lugares hablando inglés nivel Tévez. Y por último están el Rodri y Cristina, un argentino y una española que se conocieron en Australia y están en pareja recorriendo el sudeste asiático antes de irse a vivir a Galicia, con la familia de ella. Me están faltando un montón de personajes que irán apareciendo de manera oportuna según la trama lo necesite.

La isla es tan chiquita que no se permiten autos ni motos o cualquier vehículo a motor. Anda todo el mundo en bici o caminando y quedan residuos de otra época en los “taxis”, que son unos carruajes coloridos tirados por dos caballos. Rarísima la combinación de tiempos en una isla que recibe turistas de todas las edades y clases sociales, no tiene ley representada más que con dos tipos vestidos de policías que cada tanto aparecen caminando por la calle principal que rodea la isla. En una de esas vimos pasar un pibe en una de esas bicis con un motor chiquito incorporado y lo primero que me salió decir fue que era “el hijo del intendente”. Si hay algo que hicimos mucho esos días fueron chistes, por la gente y por el ambiente que se maneja en la isla en general. Con el que más onda pegué fue con Rodri, el cordobés que estaba ahí para hacer su primer curso de buceo y nos encontrábamos en el desayuno tipo ocho de la mañana y a la vuelta de cada inmersión o incluso compartiendo el barco que nos llevaba al spot del día. Hacer chistes con un cordobés es como catar vinos con un francés o tomar birra con un alemán, les sale tan natural el humor hasta en la tonada.

El curso se dividía en dos partes: al principio aprendés lo esencial para ser socorrista en cualquier momento y lugar. O sea qué hacer si por alguna razón alguien necesita tu ayuda. No solo abajo del agua. Si hay un

41 Por último, pero no menos importante.

incendio o un accidente o si alguien queda inconsciente por lo que sea, qué hacer en cada caso. Todo esto tiene una parte teórica claramente y después una parte práctica de simulacros para ver cómo reaccionas y si tenés en cuenta lo que aprendiste leyendo y demás.

La segunda parte es prácticamente otro curso: el de rescatista en buceo. Y ahí se puso mucho más picante sobre todo porque me di cuenta de lo cansador que puede ser tener que saltar al agua con un salvavidas y agarrar a alguien, que tal vez está no solo ahogándose sino en shock, para ir nadando hasta el barco otra vez. Lo más complejo del curso es salvar a un buceador inconsciente: identificar que no reacciona, subir a superficie, sacarle el equipo y nadar pidiendo ayuda. Muy loco. Y me gustó mucho tengo que decirte. Obvio que espero nunca a nadie le pase nada y no necesitar hacer uso de todas esas técnicas, pero esa adrenalina que me recorría el cuerpo cuando Galán, el instructor, desaparecía y de la nada estaba a treinta metros del barco chapoteando y gritando “PIZZAAAA”. Ah, se gritaba eso porque no se puede gritar “socorro”, no sea cosa que algún barco cercano de turistas u otra escuela de buceo piense que es un pedido posta y se meta a querer ayudar. Tiene sentido.

Los hongos alucinógenos

Los días que hice el curso llegaba a la noche reventado de cansancio, así que el Ramadán no me afectó mucho porque cenaba y perfilaba dormir después de ir con el Ukelele al comedor del hostel y cantar un par de canciones con Morena, una mendocina muy buena onda que estaba en la isla viviendo y laburando por un tiempito, y alguna gente más, que iban y venían por el lugar. Cuando terminé los exámenes y aprobé, extendí un par de días la estadía, para disfrutar de la isla y de paso definir mi destino que se seguía armando sobre la marcha. Y fue la mejor decisión, porque estaba en la misma que antes: o definía qué hacer o me volvía a Bali a hacer *chill*⁴² una semana antes de ir a Melbourne. A todo esto, recién un par de semanas antes de la fecha de ir a Australia compré pasaje. Es que no supe hasta último momento si ir al norte, al sur, al este o al oeste. Era difícil decidir a dónde vivir cuando no tenía condicionamientos ni referencias de lugares. Imaginate que hoy te podés ir a vivir a cualquier parte de Argentina. Absolutamente cualquier parte, ¿cómo lo decidís? ¿Por el clima que más te gusta? ¿Por la tranquilidad del lugar o el trato de la gente? Bueno a mi me costó porque me gusta cualquier cosa y me adapto. Y lo digo casi como lo que suele ser cuando todo te viene bien, ponele. Un problema. Porque si nada te disgusta y cualquier opción te cierra, entonces ¿cómo tomas una decisión? En fin, Melbourne fue mi elección para arrancar la travesía en Australia, pero es tema para otra carta.

42 “Relajar”

La última tarde del curso nos encontramos en la playa con los rosarinos y estaban debatiendo si probar o no los mushrooms. Como no tenía idea me contaron que en Gili T es muy común que todo el mundo consuma y tenga a mano un hongo alucinógeno muy particular de esa zona. Desde ya que no es algo legalmente aceptado, pero es como las peleas de gallos de Filipinas: ni legal ni estrictamente prohibido. Cayeron un par más del hostel y cuando vi que todo el mundo estaba como con ganas pero no se animaba, di el empujón de aliento que faltaba: “bueno, mañana vamos y los probamos todos al mismo tiempo, ya fue”. No es raro que me ponga a organizar algo y coordinar con gente, pero esta vez un poco lo fue, porque nunca antes había probado hongos o ni siquiera fumé porro en mi vida. Y no lo digo con prejuicio o como un logro, es que nunca me llamó lo suficiente la atención, no sé.

A cada persona que me crucé durante ese día la invité a tomar los mushrooms: dos chicas de Devoto que estaban a un día de volverse de sus vacaciones, un chico y una chica de España que decían haber probado todo tipo de hongos en Europa, e incluso a la gente que laburaba en el hostel. De hecho cuando se enteraron de la movida me dijeron, “si van a probar vayan al Banana Leef, es un hostel y en el barsito que hacen los desayunos también venden un licuado de mushrooms con jugo de naranja. Y se sabe que ahí son buenos”. Listo, le dije a todo el mundo que nos veíamos a las 17:30 en el Banana Leef.

Me clavé una siestita recomponedora de dos horitas y cuando me desperté el hostel estaba vacío, así que arranqué a patear para el punto de encuentro. Cuando llegué había unas diez personas comprando su licuado de mushroom, “prueben el medium que tiene la medida justa y vamos al *sunset point*⁴³”, dijo uno de los encargados del hostel. De cada momento tengo videos, cuando te vea te muestro todo eso, te lo prometo. Fui haciendo videos sin subirlos, porque prefería verlos al otro día sobrio para que el criterio de hacerlos públicos fuera más razonable que el que solemos tener cuando vamos a algún bar, nos tomamos tres pintas y le escribimos a esa ex pareja pensando que es una idea excelente.

Caminamos en varios grupitos unos quince minutos hasta la parte oeste de la isla para ver el atardecer y ya en el camino un par empezaron a ver algunos “colores más intensos”. Una vez que llegamos nos sentamos en la arena con un poquito de música a charlar y ver qué onda, cómo pegaban los hongos. No había nadie escabiando porque uno de los chicos del hostel dijo que eso por lo general cortaba el efecto. El sol estaba más hermoso que de costumbre, eso lo supe porque al otro día vi las fotos, no fue ilusión alucinógena.

A la hora y media de haber tomado los licuados la mayoría estaba

43 “Mirador del atardecer”.

flashando: las chicas de Devoto bailaban un deep house con los pies clavados en la arena y los ojos cerrados repitiendo una y otra vez que las nubes se movían al ritmo de la música, una parejita estaba meta reírse y no podía parar, la gente de España super eufórica y en mi caso nada de nada.

Me senté con los rosarinos a hacer chistes y decir que nos habían cagado y no me acuerdo el momento exacto pero miramos el sol irse y estaba absurdamente rojo, fuego. Desde ahí me empezaron a pasar varias cosas: empecé a decir pavadas para que la gente se riera, me empecé a reír por todo y me hipnotizaba ver la luz o todo lo que sea rojo. Imaginate esa vez que te reíste hasta llorar. Bueno, así estuvimos las tres o cuatro horas que duró el efecto. En los bares con mesas en la playa empezaron a prender fogatas para iluminar rústicamente y porque claramente saben el efecto que hacen los hongos. Caminamos con Atilio hasta esa fogata gigante y nos sentamos a unos cuatro metros, te juro que se veía con semejante nivel de detalle que no podíamos parar de ver. Parecíamos mosquitos yendo a la luz y no podíamos parar de reírnos con juegos de palabra sin sentidos y situaciones hipotéticas que nunca pasarían. Al toque volvió Álvaro del baño y nos dijo “tienen que ver eso, vayan al baño”. Es que la arquitectura y decoración de los lugares es muy hermosa y particular, mi teoría es que se toman los mushroom para diseñar las casas, sino no se explica. Saqué el celular para ir y grabar pero cuando miraba la cuadrícula de la cámara, las líneas se iban cómo derritiendo y estirando, alargando la pantalla. Me miré en el modo selfie y tenía las pupilas como un gato cuando se pone en modo cazador, negras e inmensas.

Empezamos a caminar de vuelta al hostel y el camino que hicimos en veinte minutos para llegar al sunset point, rodeando la isla, nos llevó una hora por lo menos. Caminábamos muy lento y nos frenábamos cada dos minutos, con cualquier mínimo estímulo nos distraíamos. Mi risa dejó de ser una expresión acentuada y esporádica para pasar a ser el sonido que rellenaba los silencios entre cada delirio que decíamos. ¿Te acordás de Rodrigo Vagoneta? Bueno, en ese mood estaba yo. Frenamos en un hostel que tenía una estética muy de El Señor de los Anillos, un camino central de pasto verde largo y unas mini casitas bajas de madera, con unos faroles de luz muy cálida pero tenue. Pocos metros después pasamos por un bar que tenía un cine en la playa, con puffs para acostarse y una pantalla gigante en la que estaban dando John Wick, la primera.

Llegué al hostel con mucha hambre, cené y me acosté. Me desperté al otro día sin resaca ni nada. Me encontré al Rodri en el bar del hostel y mientras desayunábamos me contó de un viaje en barco durante tres días por las islas de Komodo. Parando en el medio del océano para hacer snorkel con mantarrayas, la playa rosa y el parque nacional de Komodo para ver

los famosos dragones, únicos en el mundo. Y yo que estaba pensando en volver a Bali le pregunté si podía sumarme a ese plan con él y con Cristina. ¿Seguir un plan de viaje? Pedro del pasado, no lo entenderías.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

Del accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de Instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver el dragón

La última carta ¿Y ahora?



Arrancamos la odisea de la peor manera que se pudo: con una estafa. Todas las agencias de tour de Gili T que ofrecen el tour en barco por tres días en el océano desde Lombok hasta Labuan Bajo, parando en el Parque Nacional de Komodo, tienen el mismo precio por persona. Aunque recorrimos toda la isla e intentamos rascar un descuento, no pudimos. Es que las agencias ofrecen el tour pero hay solo dos empresas que lo hacen. Había dos tipos de servicios, el de cama común en habitación compartida o el de camarote propio. Una agencia nos ofreció el camarote por el precio de cama común y dijimos golazo, aprovechemos.

Al otro día fuimos temprano a tomar el primer barco para arrancar la travesía y el tipo que nos vendió el tour nos estaba esperando con un sobre abultado. Nos pidió que se lo diéramos a los coordinadores cuando nos registráramos. Hasta acá todo medio raro y nos cayó la ficha cuando nos estábamos registrando y nos llamaron para que pagáramos. El tipo de la agencia nos mintió y nos devolvió casi toda la plata en ese sobre, pero sacó unos mangos. O sea nos cagó, pero asumo que no quiso quedarse toda la plata porque era muchísima y se le podía armar alto quilombo, así que sacó unos pesos, nos dio el resto en un sobre y nos despachó. Los de la empresa no entendían nada y cuando les dijimos el descuento que supuestamente nos tenían que hacer casi se caen de orto. Era mucha guita y ellos además de no estar al tanto, no podían cobrarnos menos. Nos hicieron un descuento mínimo y lo aceptamos, ya no teníamos mucho margen para negociar otra cosa. Solucionada la estafa, arrancó el viaje.

El barco era muy grande para ser de madera pero no tan lujoso para catalogarlo como crucero. Blanco y celeste, con una especie de espacio común en la proa, que funcionaba como comedor de día, poniendo todas las ollas y platos en el piso para servirnos, y de noche enchufaban un parlante mediano pero medio viejo y funcionaba para bailar un poco antes de irnos a dormir. Ah, la comida estaba incluida, obvio, pero el escabio no. Así que antes de zarpar dejamos pagas unas birras que después estaban en el freezer del espacio común. Obvio que nos quedamos cortos y al segundo día no teníamos más.

En la parte de abajo estaban los seis camarotes, cada uno con su colchón dos plazas, un foco que hacía de velador y una zapatilla para cargar el celu. La parte de arriba eran veinte colchonetas en el piso, una al lado de la otra, y el techo era una lona, así que ni bien empezaba a picar el solcito de la mañana, el calor se hacía sentir. Éramos un grupo de treinta personas, creo: gente de Portugal, Francia, Dinamarca, Suiza, España, Holanda, Alemania y no me acuerdo más. La mayoría treintañera y un par de parejas de sesenta y largos. Super heterogéneo pero todo el mundo en la misma sintonía, muy buena onda. Fue como esos viajes que hacíamos en la

escuela, al principio no nos hablábamos con los otros y para el último día nos abrazamos e intercambiamos teléfonos y demás.

El primer día nos llevaron a ver el atardecer a una islas de colinas y pastizales verdes muy lindas y no hubo tiempo para mucho más. Al otro día temprano fuimos a una islita de cascadas en las que nos guiaron y nos metimos hasta llegar a unos piletones naturales con agua demasiado fría. Ahí, en una de las cascaditas, se le cayó el celular a Rodri y no tengo idea cómo alguien se tiró y después de unos segundos nadando lo recuperó. Alta suerte. Desde ahí el barco tenía que navegar unas dieciocho horas para llegar al Parque Nacional de Komodo, así que para lo único que hubo tiempo fue para frenar en el medio del océano y mirar uno de los atardeceres más hermosos que me tocó vivir. El sol caía atrás de islas de montañas rocosas, super raras y de una mezcla de colores marrones y verdes, increíble. Te juró que estaba tan rojo como el día de los hongos alucinógenos y ahí confirmé que al menos en esa parte del mundo el sol es rojo. No amarillo, ni naranja. Rojo. Saqué el ukelele y acompañé la postal con un par de canciones, cuando quise acordar tenía a todo el barco escuchándome y pidiéndome más temas. Canté un par en las que me acompañó Rodri, y cerramos cantando una que no importa el lugar del mundo en el que estés, o de dónde provenga el público, la van a saber cantar. Aunque tengan el español más malo del mundo: "Bamba". Y cómo es una de esas canciones que no se sabe bien el final, y puede estar en loop todo el día, eso fue lo que pasó. Cantamos y cuando llegaba el final empezábamos de nuevo y así diría que hicimos la versión de "Bamba" más larga de la historia.

Para el tercer día tuvimos que despertarnos mega temprano, tipo 4 am. El plan era ver el amanecer desde una de esas montañas rocosas así que teníamos que caminar y trepar un camino medio armado por una hora. Llegamos arriba y faltaban cinco minutos para ver salir el sol. Elongamos un poquito y nos sentamos en el pasto largo y verde. La belleza de esa simple secuencia no te la puedo describir mucho más, porque creo que vivirla es necesario para tomar dimensión. Desde esa época no deja de sorprenderme pensar que no importa que tan mal puedan estar las cosas, si me voy a dormir cuando abra los ojos de vuelta el sol va a estar ahí. Ya sé, pensarás que no tiene sentido semejante obviedad, pero es cuestión de mirar con extrañeza todas esas cosas que naturalizamos. De esa forma ya no suena tan obvio. Ahora queda profundo y profundo es cool, ¿no?

De ahí nos fuimos a la playa rosa, que tiene la arena literalmente rosa. Los corales de las orillas van desprendiendo la pigmentación y los minerales con cada ola que pasa y así llegan todos puntitos rosas a pintar la arena de la orilla. Esa es una de tres costas divididas por esas montañas de roca y vegetación. Si cruzás las colinas vas a la playa negra, que obvia-

mente tiene la arena oscura de tantas piedritas que el mar va dejando cuando baja la marea, y más allá está la playa blanca que parece esas que vemos en paraísos de películas, de arena pura y limpia. Después de ese recorrido pocas cosas me impactaron a nivel exótico, excepto lo que vimos esa misma tarde.

Aunque técnicamente todas las islas de la zona de Flores son parte del Parque Nacional de Komodo, llegamos en un momento al parque donde están los dragones. ¿Conocés el dragón de Komodo? Antes de ir a Indonesia pensaba que era un animal marítimo, con eso te ilustro el nivel de ignorancia que manejaba. El *drake*⁴⁴ en cuestión es el reptil descendiente de los dinosaurios más longevo que existe en el planeta y el más grande. Imaginate un lagarto/cocodrilo que puede medir unos tres metros, muy parsimonioso pero también muy rápido a la hora de cazar, en el pique corto. Tuvimos que hacer un recorrido a pie para intentar encontrar algún dragón y a los diez minutos de caminata apareció el primero. Camuflado entre las plantas, imposible de ver salvo para los guías, que además hacían las veces de mediadores para cuidarnos de un eventual ataque. En el camino el guía nos fue contando la historia del lugar y algunos datos que obviamente ya olvidé en su mayoría. Los únicos que me acuerdo son los de color, como que el dragón macho tiene dos penes. Posta. Que se aparean una vez al año para poner huevos y que el acto amoroso dura unas cuatro horas. Real.

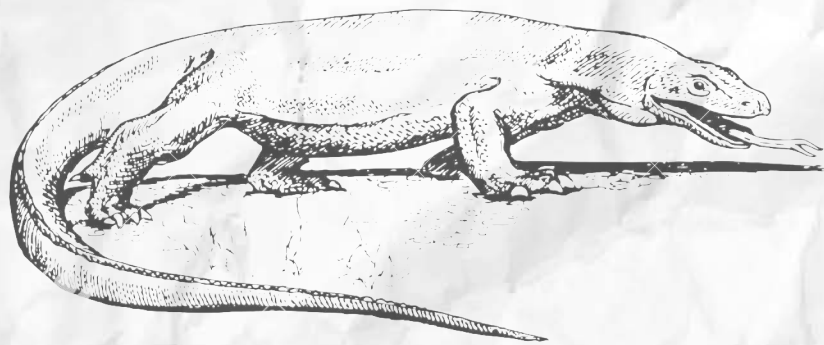
Me voy a salir del libreto de viajes por un minuto, porque esta historia tiene otro peso con el paso del tiempo. Hace unos días me ubicó un chico por Instagram, para avisarme que Rodri falleció. No termino de asimilar la noticia, no importa que el tiempo pase. Estaba en España, volviendo de laburar en auto, y en un cruce de vías sin señalizar se lo llevó puesto un tren. De hecho creo que la demora en esta carta es lo que me cuesta escribir esto. Porque no puedo recordar esos días sin la gente que me acompañó y el día que despedí a Rodri y Cristina en el hostel de Bali a la vuelta de esa travesía en barco. Se iban para Sri Lanka y un par de lugares más antes de terminar en Sevilla. El abrazo que nos dimos, la promesa que hice de ir a visitarles a España porque siempre quise vivir al menos unos meses allá.

Rodri estudió alguna Ingeniería que no me acuerdo bien, pero laburó en Yomel así que puede que fuera agrícola. Cordobés de nacimiento, dejó un laburazo y se fue de Argentina a los 26 años para terminar en Australia con la visa de trabajo. Un día conoció a Cristina que llegaba de Andalucía en la misma sintonía y compartieron la vida desde entonces. Viajaron por el sudeste asiático, fueron a Argentina y España, conocieron a sus familias, se contagiaron las formas de hablar y el resultado de esa mixtura se escuchaba en las puteadas argentinizadas de Cris, con acento bien español.

Llegó un punto de mi viaje en general que empecé a saludar a todo el mundo dando por sentado que nos volveríamos a encontrar. Porque así me lo fue demostrando el mismo recorrido, cuando me encontré en el mismo hos-

44 *Dragón.*

tel de Indonesia gente que conocí en Malasia, sin tener la más mínima idea o contacto virtual. Yo estaba seguro de que iba a volver a abrazar a Rodri, porque además era parte de mis planes, aunque no supiera cuándo. Y esa seguridad hace que todavía no pueda asumir que él ya no esté más. Que todavía no pueda escribirle a ella para acompañarla en el dolor, hacerle saber que cambiaron mi viaje rotundamente y le dieron sentido a mis días. Y que él no esté me cambia la vida aún más. Aprovecho estas líneas para pedir perdón por la demora, para abrazar a Cristina y decirle a Rodri que lo voy a extrañar, que muy seguido me acuerdo de él y ojalá pudiera verlo una vez más.



¿Por qué me fui?

Solo en “el culo del mundo”: Un día en Bangkok

El día que conocí a Holanda

La isla de los fondos de pantalla de Windows

La noche que llore en Kuala Lumpur

Cumplir años en el paraíso male sal

El cielo bajo el agua y la pesadilla de noche

El país sacado de una publicidad

La opera del Marina Bay y la terraza de Singapur

El coffee cat: quince cosas que aprendí viajando

Como si fuera la primera vez (otra vez)

La casa de Big Papa: bajo el mar estaba mejor

Del accidente de moto a quedar varado en El Nido

El comentario de Instagram que me salvó el viaje

El curso de rescatista y los hongos alucinógenos

Cuatro días en barco para ver al dragón

La última carta ¿Y ahora?

De todo lo que hablé, escribí y viví todo este tiempo desde que me fui, tal vez lo próximo será para mí de lo más sentido. Porque lo escribo más abierto a mis sentidos de lo que estaba cuando este viaje empezó (y era un poco la búsqueda). ¿Te acordás que te contaba lo que me iba pasando y cómo se iban rompiendo esquemas, estructuras con las que siempre anduve por la vida? Y también esta carta tiene mucho más sentido que muchas de las cosas que hice en mi vida en general, incluso las que creí que tenían mucho peso. Perdón de antemano si te mareo con juegos de palabras e idas y vueltas, pero confío que vas a entender el fondo al final de este texto.

Toda mi vida, o gran parte de ella digamos, estuve en mi cabeza. Perfeccionista todo el día, planeando cada momento. Siempre supe contestar esa pregunta rara y conocida que te suelen hacer en entrevistas laborales o cuando aparecen charlas existenciales con amistades: “¿cómo te ves en diez años?”. Dato curioso y hasta tal vez un poco chistoso, la respuesta casi nunca fue la misma para mí. Y esto último fue epifánico. Casi diría que fue lo que decantó en esta carta.

Me di cuenta que a grandes rasgos siempre tuve una especie de predisposición al devenir. Como si se tratase de una voluntad por proyectar mi vida en función de lo que la vida me ha ido poniendo en el camino y que esa imagen futura sea igual de anhelada que la que me hice antes, cuando el contexto abría y cerraba otras puertas. Hasta acá me releo y siento que podría ser conformismo y una falta de persistencia por construir a largo plazo esos sueños modernos que muy seguido incluyen la palabra trayectoria o carrera. Dejame seguir desandando la idea a ver si llego a buen puerto.

Varias cosas aparecen. Por un lado ya no tienen tanto peso las decisiones que pueda tomar en el cotidiano, porque ya no veo como algo malo el hecho de ser tan cambiante en cuanto a ambiciones o expectativas. De hecho ya no pretendo cosas, ya no estoy expectante. Que no es lo mismo que desear cosas, porque mi deseo aventurero y soñador sigue intacto, eso seguro. Esa idea del sistema imperial-capitalista que nos crió con la premisa de ser los y las mejores en lo que sea que hagamos, con la acumulación como herramienta principal para reafirmarlo: que te felicite mucha gente te consagra y que te den likes masivamente, esa meta que sólo lograrás también acumulando pedazos de experiencia en un rubro, conocimiento en un tema, persistiendo.

Tenés que ser algo o alguien y sostenerlo en el tiempo, y recién con el paso de los años podés decir que lo sos. Qué idea más tarada y coherente en mismas cantidades. Porque esta carta no es estar en contra de eso como filosofía de vida, es lógico que la experiencia sostenida cada año da cierta

profundidad de conocimiento, distintos resultados y demás. Mi reproche está en hacernos creer, y de esa forma moldear nuestra subjetividad por todas las vías, que esa es la única forma válida de vivir nuestros días.

Es la primera vez que me transpiran las manos y creeme que desde que me fui escribí muchísimo, como nunca antes. Por motus propio. Por placer y por amor a hacerlo. Llegué a la conclusión de que esta lógica acumulativa es la que me condiciona desde siempre y eso es frustrante para alguien como yo que empieza y deja las cosas, sin mucha disciplina más que la de llegar temprano a lugares y compromisos. Me di cuenta también que mi felicidad aparece con la asertividad y eso es bastante obvio, pero no es tan fácil animarse a que lo que la gente espera de vos no te interese. Que eso nos chupe huevos y ovarios por igual y priorizar lo que sentimos es un desafío profundo, posta.

Me comí la cabeza intentando entender por qué me fui hace casi un año del país y era casi una premisa saber por qué dejé de lado muchas certezas y me quedé a vivir en la incertidumbre, sin casa ni cama donde sentirme hogar. No hay un porqué, tal vez. O no es racional. Me fui porque sí, tal vez. Porque soy lo que quiero ser y voy a intentar actuar en consecuencia. Con la empatía por la otredad como ley fundante, siempre. Y con la diferencia que antes era lo que mi cabeza quería que sea, en función de un universo de encrucijadas simbólicas mezcladas con el inconsciente diría. Ahora me permito dejarme llevar por lo que siento, aunque no pueda apagar el cerebro y analice las opciones, pero entiendo que es parte de un proceso y que toda mi vida haya tomado decisiones racionalmente no significa que tenga que pasar al otro extremo, sino buscar un pseudo-equilibrio, creo.

Mirá, justito ahora, mientras escribía esto, me acordé de un texto que tengo en el bloc de notas del celular y apareció en mi mente como la pieza del rompecabezas que le da sentido para seguir avanzando. No la última, nunca. Pero un pedacito crucial. Te dejo este texto escondido que nunca vio la luz hasta hoy:

“Medio con dudas existenciales ando, atravesando desde no sé cuándo. Volvamos a cero, me llamo Pedro y no sé bien qué quiero. Igual, nadie me dice Pedro, ni es lo que espero. Mientras me nombren está todo bien. Pero algunos días cuál cubo Rubik, las energías bajan/para subir.

Lo que no se nombra se desmorona. Por eso escribo, no tengo ni idea lo que digo, ni eso percibo, más que marea me siento y río. Vayamos al grano poeta frustrado: quería ser el mejor en algo, ahora me alegro si soy lo que hago. Flashar viajero y que me vean cero, es que los números siempre fueron del sistema. Empezar algo nuevo cada vez que puedo, ¿y los héroes? Siempre fueron del cinema.

Pero y si hago todo, ¿al final no soy nada? Bueno, convengamos que aburre pensar en fama. Hay que nombrar las flores que el mundo se desmorona.”

Ahí lo tenés. Cada vez que lo leía me incomodaba no saber para qué lo había escrito y acá encajó al dedal. Porque es la antesala de lo próximo, mi decisión. Y es que si hago lo que siento, no necesito muchas más razones para el resto. Que es lo que suelo hacer con las decisiones, pretender explicármelas a mí mismo. Hasta con tono de excusa.

Cuando pensaba en volver a la Argentina, confieso, me agarró cosita. Miedito. Y no dudé. Y no dudar me ayudó a reafirmar. Porque quiero estar con vos. Y las dudas sobre volver me agobiaban y, aun así, ya fue todo. Siento que hago esto con cierta conciencia plena. Eso es tan aliviador que permite que mi mundo siga girando, sea el viejo o el nuevo.

Vuelvo porque quiero. Porque así lo siento. Porque cuando te vea quiero que conozcas mis manías y yo las tuyas y que desandemos los caminos que nos toque desandar. Que vos curses ese par de materias que te quedan, mientras veo para dónde encarar la tesis y tal vez recibirme, y tomemos café a la mañana y se mezcle con ese perfume mío que te hace acordar a los aeropuertos. Te quiero acompañar y contarte cómo estuvo mi día. Porque va a estar todo bien, aunque en el medio no lo esté tanto. Es pasajero.

Vuelvo porque ya me di el lujo de estar solo en el mundo, pelearme conmigo, no querer estar conmigo y al final abrazar mi imperfección. Porque el viaje me dio todo lo que tenía que dar y seguro otro viaje me dé otras cosas. Viajar con vos si se da, ¿te gustará la idea? Ir a Sierra de la Ventana o a Barcelona, vemos. Hoy sé que quiero volver, porque podría seguir trotando el planeta entero pero me sentiría en un loop constante, algo así como moverme sin avanzar.

Si esta carta te llega es porque dio vueltas por muchas ciudades, países, correos, y mi cabeza. Dio vueltas por hojas arrancadas del cuaderno que me regalaste, por sobres y estampitas, intentando encontrar destino en la ciudad de las diagonales. Y aun así llegó. O tal vez te llega porque, a pesar de todo eso, quiero que te llegue. Entonces la guardo hasta el día que



P.G.B